

FRAGMENTOS DE GEOGRAFÍA E HISTORIA DE GALICIA EN MIGUEL DE UNAMUNO*

Fragments of geography and history of Galicia in Miguel de Unamuno

Alexandre RODRÍGUEZ GUERRA

Universidad de Vigo

xandre@uvigo.es

Fecha de aceptación definitiva: 4-4-2007

RESUMEN: Con la presente contribución pretendemos llenar una laguna en los estudios sobre la obra de Miguel de Unamuno y para eso proporcionamos, después de revisar exhaustivamente el corpus textual unamuniano, ordenadas e interpretadas todas las referencias que desarrollan aspectos de la geografía e historia de Galicia. La importancia de algunas de las citas, su cantidad, la diversidad de cuestiones que tratan y la variedad de fuentes de las que proceden enriquecen, una vez más y desde otra perspectiva, la policromía de la relación entre Unamuno y Galicia.

Palabras clave: Galicia, geografía, historia, Miguel de Unamuno.

ABSTRACT: With the present contribution we intend to fill a gap in the studies on the work of Miguel de Unamuno and for that we provide, after revising exhaustively the textual corpus unamuniano, orderly and interpreted, all the references that unfold aspects of the geography and history of Galicia. The importance of some of the appointments, their quantity, the diversity of questions that treat and the variety of sources of the ones that proceed they enrich, once more and since another perspective, the variegation of the relation between Unamuno and Galicia.

Key words: Galicia, Geography, History, Miguel de Unamuno.

* El presente artículo es un trabajo inédito que, modificado, pertenecía a la tesis doctoral *Miguel de Unamuno, Galicia e os galegos* (Premio Extraordinario de Doctorado).

0. INTRODUCCIÓN

Continuando la estela de trabajos anteriores (1999, 2000, 2002, entre otros), nos sumergimos en esta oportunidad en dos vertientes, la geográfica e histórica, sólo parcialmente desarrolladas en algunas, no muchas, referencias bibliográficas sobre la interrelación existente entre Miguel de Unamuno y Galicia¹. En las páginas que siguen nos centraremos en estos dos aspectos siendo conscientes de que otros muchos, con los que necesariamente se entrecruzan, quedan sin investigar. Entre otros, sirve como exponente el de la geografía humana (que, por sí sola, ya merece un estudio monográfico), pues en el espacio de la presente colaboración sólo la geografía física gallega, y con ella la historia, podrán ser objeto de nuestro interés.

Las premisas esenciales que guiaron el presente trabajo han sido la claridad, exhaustividad y precisión. A lo largo de las páginas perseguimos estructurar del mejor modo posible todo lo que a Unamuno le sugirieron la geografía y la historia de Galicia. Intentamos establecer un andamiaje temático-estructural que posibilitase la correcta introducción de los distintos ejemplos concretos para permitir que estuviesen agrupados aquellos con relación directa y evitar acumulaciones inconexas e inapropiadas. Esto le permitirá al lector, cualquiera que sea su objetivo, forjar una idea clara, completa y rigurosa de lo que Unamuno piensa dentro de los dos campos considerados. Por supuesto debemos tener presente que estos dos grandes compartimentos no poseen, no pueden poseer, unos límites discretos perfectamente oponibles entre sí. Esta complejidad repercute, evidentemente, en las propias referencias de Unamuno. En este sentido, procuramos actuar con coherencia para ajustar cada referencia en el lugar en que mejor se adecuaba agrupándola, en consecuencia, con aquellas citas con las que compartía más características. Este procedimiento puede provocar la segmentación y desmembración en muchos bloques informativos unamunianos de un mismo escrito.

Para conseguir todo lo apuntado en el párrafo precedente, nos movemos con unos criterios globalizadores que implican el aprovechamiento de cualquier fuente que proporcione datos sobre los dos temas objeto de nuestra atención. Así, revisamos la obra editada del otrora rector de la Universidad de Salamanca, no sólo la incluida en las *Obras Completas* sino la que recogen obras modernas que editan, exhumándolos, artículos de todo tipo. Además, incorporamos material procedente de artículos de Miguel de Unamuno disponibles en la CMU y aún no exhumados. Contamos, también, con la producción epistolar recuperada de Unamuno, con independencia de su destinatario. Los ejemplos de Unamuno se reproducen siempre en la versión más 'directa' de Unamuno, sin resúmenes intermedios y procurando no pecar ni por exceso ni por defecto en la reproducción del fragmento seleccionado. De esto se deriva que, mientras en algún caso hay citas de una única línea,

1. En el capítulo introductorio de A. Rodríguez Guerra, 2002, se resume cuál era la situación de los estudios generales sobre la relación entre Miguel de Unamuno y Galicia. Ciertamente, esa misma descripción genérica puede aplicarse a los dos grandes temas que se desarrollarán en las páginas siguientes.

en otros el ejemplo se demora y alarga hasta llegar a ocupar más de una página. La distribución interna en (sub)apartados atiende a coordenadas conceptuales y cronológicas. Ahora bien, supeditamos la escrupulosidad cronológica a la consecución de un hilo conductor en el ideario gallego de Unamuno.

A propósito de la acumulación de citas, conviene no alejarnos de algunos parámetros específicos de la identidad unamuniana. Uno de ellos es el ya conocido del cambio de ideas, que se reformula en ocasiones como una *contraditio in terminis* del poeta vasco y que permite justificar opiniones contrapuestas (*cfr.* A. Rodríguez Guerra 2002: 24-25). Otro aspecto que tampoco podemos olvidar es el de la sinceridad. Unamuno es un hombre sincero y, en público o en privado, dice siempre lo que piensa. En su estancia en A Coruña en 1903 este tema, enunciado por el catedrático vasco en su discurso del Teatro Principal (18-vi), provocó la respuesta de E. Pardo Bazán en su discurso de la cena de la *Reunión de Artesanos* (19-vi) discrepando públicamente del rector de la Universidad de Salamanca. Para ilustrar esta ética unamuniana (característica ésta de las más reconocidas de Unamuno) puede servir la polémica entre V. García de Diego y Celso García de la Riega que muestran las cartas de V. Said Armesto (quien le dice a Unamuno que «es la sinceridad andando», *cfr.* 172:8, A. Rodríguez Guerra 2000), y el conocimiento que éste tiene del pensamiento de Unamuno².

Ahora bien, esto no siempre es así. Unamuno ‘conversa’ con los amigos sin limitaciones de ningún tipo. Cosa que, por mucho que diga, no siempre llega a hacer en público. Para comprobarlo se puede acudir a dos fragmentos epistolares. En el primero de ellos, «Ha hecho usted mal, amigo Trilla, en hacer pública la carta que le escribí sobre lo de Ferrer» (Carta a C. González Trilla, 10-I-1910; E.A., p. 343), se advierte que Unamuno juega con la distinción esencial entre el medio y el receptor (carta a un amigo / carta hecha pública = destinatarios anónimos) para que el mensaje (no) pierda veracidad. En la segunda de las referencias, «Me molesta, además, que anden corriendo por ahí párrafos o juicios de cartas mías privadas y confidenciales» (Carta a Pedro de Múgica, 25-v-1920; M. de Unamuno, 1972², p. 327), se escuda en la supuesta (in)trascendencia de lo que se comparte privadamente. En todo caso, en las dos oportunidades deja igualmente claro que lo que no le preocupa es que se conozcan sus ideas, lo sustancial.

Esta sinceridad unamuniana provoca que, cuando visita algún lugar, en sus intervenciones haga hincapié en lo que para él son defectos o aspectos mejorables de la zona en cuestión (*cfr.* «Confesión pública», 14-viii-1909; P.E., p. 171). Eso fue lo que sólo parcialmente pudo hacer en A Coruña: Unamuno no alcanzó a combinar libremente sinceridad y crítica por su conocimiento parcial de los gallegos y de su tierra. En la conferencia en el Teatro Principal de A Coruña (19-vi-1903) Unamuno reconoce que la mejor manera de pagarles la hospitalidad a los coruñeses sería

2. Y se podrían proporcionar más ejemplos, entre otros, UNAMUNO le dice por carta a William C. Morris «Puede usted publicar mi carta. Contrariamente a la inmensa mayoría de mis paisanos los españoles, no tengo secretos ni aparezco en público distinto de como soy en privado» (18-II-1905; E.A., p. 209).

contarles sus defectos, pero no lo hace porque no estuvo con ellos tiempo suficiente (cfr. Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de A Coruña el 19-VI-1903; o.c. IX, pp. 94-95). En su intervención parlamentaria en las Cortes Constituyentes de la República el día 18-IX-1931, Unamuno insiste en que no conoce suficientemente a Galicia, desde luego conoce mucho mejor a Portugal por el mayor número de veces que lo visitó (y precisamente el parentesco de hermandad entre gallegos y portugueses es otro argumento que le permite a Unamuno hablar 'indirectamente' de los gallegos). Pero Unamuno se escuda diciendo: sí, puede ser cierto que desconozca la situación de Galicia... pero los gallegos desconocen aún más a Castilla y a los castellanos.

Para concluir esta sucinta introducción, y antes de estructurar las distintas pinceladas que sobre la geografía y la historia de Galicia fue diseminando Unamuno en su vasta producción, conviene no olvidar un hecho: por muchos que sean estos dibujos, el cuadro de la galleguidad nunca podrá estar completo porque en la paleta del pintor siempre quedará material por tocar y retratar. Galicia, como otras realidades, es una entidad compleja y poliédrica, y Unamuno, pocos años antes de morir, es consciente de su indefinibilidad («¡Hay que enterarse!», 15-V-1932; o.c. III, p. 1047). Unamuno, en consecuencia, no va a definir la realidad gallega, pero sí contribuirá con su pincel de maestro a diseñar desde su perspectiva un periodo tan importante para la historia cultural y humana de Galicia como es el que se prolonga desde finales del s. XIX hasta la guerra civil. El suyo, como el de cualquiera artista, es un punto de vista sesgado, pero la importancia de su paleta es la mejor garantía que tenemos para certificar que siempre será enriquecedor.

No queremos inaugurar los distintos subapartados de este trabajo sin tener presente una afirmación y un deseo del propio Unamuno, que nos permitirá entender algunos de sus hábitos. Nos estamos refiriendo a su deseo de integración, de empaparse en una gente, una cultura y una tierra desde la médula, de ahí que aspire a ser gallego en Galicia (o francés en Francia...), sin renunciar por eso a las características intrínsecas que lo definen y caracterizan como hombre y como 'yo' («Cama y trigo», 7-X-1902; A.N.B., p. 392).

1. GALICIA Y SU GEOGRAFÍA

Entre la inmensidad del verbo unamuniano se detectan no sólo cientos de referencias concretas a Galicia sino también algunas menciones genéricas que la contemplan en su totalidad. En 1906 Unamuno afirma por carta que Galicia es «noble y culta» (Carta a Juan Tejada Velasco, *post* 13-II/*ante* 25-II-1906; *Coruña Moderna*, 25-II-1906, p. 2). Unamuno también valora en términos negativos la desgracia que para Galicia supone el hecho de que los políticos gallegos en el Congreso no ejercen realmente la representación de la tierra por la cual fueron elegidos y de ahí que, en este sentido, Galicia sea «desventurada» («Luis Bello, diputado por la prensa», 13-XI-1916; A.O.E., pp. 57-58). Y al año siguiente Unamuno vuelve a referirse a «la sufrida Galicia» («¡Viva Cataluña!», 4-VIII-1917; A.O.E., p. 128).

Conversando con I. Millán, aún en Galicia, Unamuno comenta que lo más probable es que escriba algo sobre esta tierra a su regreso a Salamanca. El motivo principal para redactar los dos artículos que elaborará poco después no es otro que la atracción que ésta le había producido: «Me gusta mucho esta región» («Hablando con don Miguel de Unamuno», [24-VIII-1912]; *El Eco de Santiago*, 29-VIII-1912, p. 1). Tres años después de la declaración anterior, en una entrevista espontánea que le realiza en Madrid Francisco Camba, Unamuno contesta lo siguiente a la pregunta de si conoce la ciudad de A Coruña: «Mucho. A Galicia entera. Tengo allí buenos amigos...» (Francisco Camba, 1915, p. 1).

Probablemente no exageremos si afirmamos que Galicia y el trato que le dispensaron a Unamuno los gallegos caló bien hondo en el espíritu del publicista vasco, no en vano, a comienzos de 1930 se refería a la tierra gallega como 'inolvidable' (*cf.*: carta de Unamuno a A. Revilla del 26-II-1930). Y a finales de ese mismo año, recuerda con cierta nostalgia «esa Galicia de que tan hondos recuerdos guardo» (Carta de Unamuno a D. García-Sabell, *post* 17-XI-1930/*ante* 20-XI-1930; A. Vilanova, 1968).

Galicia está situada geográficamente en el ángulo noroccidental de la Península Ibérica y a esta denominación acude Unamuno cuando la llama «Finisterre hispánico» («El habla de Valle-Inclán», 29-I-1936; *o.c.* III, p. 1248). Años antes, Unamuno ya había explicitado esta especial situación geográfica de Galicia, eso sí, puntualizando que el aislamiento de Galicia producido por esta situación marginal es sólo 'relativo' «Añádase un cierto aislamiento relativo que la posición geográfica os impone» («Discurso en los Juegos Florales de Pontevedra el 18-VIII-1912»; *o.c.* IX, p. 275).

Probablemente está pensando en la isla de Arousa cuando pretende proporcionar un ejemplo de isla alejada: «Que busque una isla, más remota que aquella de la ría de Galicia» (Carta a Gómez Jordana, 17-VII-1925; E.In. T. II, p. 172). Y en esta característica insistirá al justificar que «Ni de la humedad del cielo, ni de la pobreza de la tierra, ni de su apartamiento geográfico, tiene la culpa el resto de España, o si se quiere Castilla» («Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, p. 387).

Como acabamos de ver, la triple caracterización anterior viene ofrecida desde una perspectiva negativa: la lluvia abundante, la pobreza de la tierra y el aislamiento geográfico son realidades contempladas negativamente, cuando menos en el artículo anterior. Más que verdades en sí mismas, el publicista bilbaíno recurre a ellas como reacción en contra de la 'suspiciosa' gallega y de la queja continuada (*cf.*: §2.3.2.1. en A. Rodríguez Guerra 1999) que culpa sistemáticamente de sus males a España en general y a Castilla en particular (*cf.*: §2.3.2.7 en A. Rodríguez Guerra 1999).

Esta situación periférica no disminuye ni un ápice para Unamuno la importancia que Galicia tiene. El escritor vasco sostiene que para conocer España no es suficiente con conocer la capital, es obligatorio conocer sus extremos. De ahí la alegría que le produce saber que lo primero que el chileno Luis Ross Múgica visitó de España fue Galicia: «Empezó por sorprenderme con sorpresa de satisfacción y de agradecimiento —agradecimiento, sí, en nombre de España— el que se

detuviese una temporada en Galicia» («La tragedia de Luis Ross», XI-1908; *o.c.* IV, p. 944). Es cierto que parte de culpa reside en la especial situación de Galicia que, del mismo modo que la aleja del resto de España, la aproxima a América hasta tal punto que, siendo España una catedral, Galicia es el pórtico de entrada viniendo de América. En palabras de Unamuno: «Ross se detenía en Galicia, pórtico de España viniendo del Atlántico» («Prólogo» a *Más allá del Atlántico*, de Luis Ross Múgica [Valencia-Madrid, F. Sempere y Cía, 1909]; *o.c.* VIII, p. 971).

El 25-VIII-1912 Unamuno visita Bueu y en el pensamiento manuscrito que, en su álbum, le dedica a Matilde Bares, hija de M. A. Bares, apunta que Galicia dejó de ser el fin de la tierra conocida, en el Imperio Romano, para convertirse ahora en tierra abanderada y llevar la delantera en la relación de España con América «Galicia, *finisterriæ* en un tiempo, avanzada hoy de España hácia la América de su destino» (*Faro de Vigo*, 29-VIII-1912, p. 2).

Unamuno, que apuntaba la 'verde alegría de la tierra gallega' como una de las posibles causas del mayor apego a la vida de los gallegos, desde que conoció Galicia, multiplica las referencias a la belleza de esta tierra: «hermosa tierra» (Carta a Eduardo Vila, 27-VI-1903; *La Voz de Galicia*, 30-VI-1903, p. 1 y «Por Galicia. III», 3-VIII-1903; *o.c.* I, pp. 313-314), «Si os gusta lo agradable, lo mimoso, lo alegre, visitad esto: Andaluçía, Galicia» («Braga», VIII-1908; *o.c.* I, p. 225); «Galicia [...] hermosísimo rincón» («La tragedia de Luis Ross», noviembre de 1908; *o.c.* IV, p. 944 y «Prólogo» a *Más allá del Atlántico*, de Luis Ross Múgica [Valencia-Madrid, F. Sempere y Cía, 1909]; *o.c.* VIII, p. 971). Desde la distancia de los años, en el recuerdo de Unamuno sobresale la bondad del verano gallego: «¿Cómo olvidar aquellos días serenos, en el verano mimoso de Galicia, de la torre de Meirás, [...] Allí en aquella apacibilidad campestre, en aquella tierra poco o nada ascética, donde todo habla de vivir» («Recuerdos personales de doña Emilia», 27-V-1921; *o.c.* VIII, pp. 459-461)³.

¿Cuáles son para Unamuno las características esenciales de la geografía gallega? Galicia es una tierra vieja, que el paso del tiempo y el agua se encargaron de modelar; Galicia es una tierra femenina en cuanto a las curvas suaves que presenta⁴ y al manto vegetal que la cubre, y es cariñosa con los hijos que la habitan y que tiene en el regazo:

A primer golpe diríase una tierra juvenil, viéndola vestida de verdura y envuelta en frescor; pero no es así, sino tierra vieja, o madura y adulta, si se quiere. Apenas se descubre, sino a muy largos trechos, las entrañas berroqueñas de la tierra, ni la roca aflora el suelo. Aguas seculares han tenido tiempo de desgastar y pulir los desgarrones del terreno; las esquinosas sierras, tal como surgen de las roturas y levantamientos, se han ido hundiendo y desmoronando en montes terrosos y chatos,

3. Recordemos que Unamuno realizó el viaje a Galicia del año 1912 en plena época estival y el de 1903 (al que se refiere en concreto en esta cita) en los últimos diez días de la primavera, por lo que la referencia de Unamuno no es completamente exacta.

4. Unamuno habla de los montes gallegos como 'senos y caderas mujerieles'. En el capítulo v del «Libro primeiro» de *Sempre en Galiza* Castelao dice que 'Os montes son redondos como peitos de muller'.

de contornos ondulantes y sinuosos, como de senos y caderas femeniles, a la vez que se han ido rellenando los valles y vagüeras. El esqueleto de la tierra hace oculto bajo la carne mollar, sin que asomen juanetes ni pómulos de escualidez. Y luego la frondosa cabellera de castaños, pinos, robles, olmos y cien otras castas de árboles, cubriendo aquellas redondeces y turgencias, dan al paisaje un marcado carácter femenino. [...] Y en este paisaje, que convida al reposo y al ensueño, hay que luchar rudamente y en despejo de vela para poder vivir y arrancarle el sustento, y mantenerle para que mantenga. Es un país femenino.

Un paisaje femenino, sí, y un paisaje antiguo. Se me había hablado mil veces del gran parecido entre el paisaje gallego y el de mi país vasco. A primera vista, sí, pues ambos son montañosos, y costeros ambos, y bajo igual clima los dos. Pero en el país vasco está más al descubierto el pelado espinazo del Pirineo cantábrico; es todo más anguloso, más hosco, más juvenil y berroqueño;

[«Por Galicia. I», 20-VII-1903; *o.c.* I, p. 307]

El paisaje es en Galicia femenino, [...]

[«Por Galicia. I», 20-VII-1903; *o.c.* I, p. 308]

Me gustan, sí, estos austeros campos, estas llanuras a cuyo término se levantan rocosas entrañas de la tierra, este suelo ceñudo que nos despide al ciclo; pero aquí recuerdo con *saudade* la femenina tierra gallega y sus humanos regazos [...] en que me vi envuelto durante el trascurso todo de mi correría por Galicia.

[«Por Galicia. III», 3-VIII-1903; *o.c.* I, p. 313]

Y después de nueve años, Unamuno relata líricamente los amores de esa tierra femenina gallega con el mar masculino que la baña. Retomando los argumentos expuestos con anterioridad, el poeta vasco los va a entretener de tal manera que todos ellos son el resultado de un amor compartido por completo: el amor del mar hacia la tierra es tal que éste, derretido cual Ícaro, cae a modo de lluvia por ella, recorriéndola, acariciándola en los ríos... el mar y la tierra de Galicia se besan dulcemente en las rías, discuten frente a frente en Fisterra; Galicia es un hermoso rostro de mujer, de espaldas a Asturias, mirando para su novio mientras éste mueve la cabellera vegetal de aquélla⁵:

5. Esta composición no es más que una obra de síntesis en la que Unamuno vierte y condensa líricamente las líneas maestras de su ideario gallego: «En esta poesía dedicada a Galicia creo haber vertido más concentrada y más depuradamente lo que de ella he dicho en otros escritos en prosa» (M. García Blanco, 1957, p. 154). Podremos comprobar más adelante (*cf. infra*) que en la otra composición poética dedicada a Galicia, «Santiago de Compostela», resume los rasgos esenciales que en su espíritu despierta la ciudad compostelana. Estos dos son los únicos poemas que Unamuno le dedica íntegramente a Galicia. No nos debe de extrañar esta cantidad, que forma parte de una regularidad: si tomamos como punto de referencia la recopilación de poemas unamunianos titulada *Poemas de los pueblos de España* vemos que al lado de Galicia, con idéntico número de composiciones están Andalucía, las islas Canarias y Cataluña. Extremadura mereció de Unamuno cuatro poemas y las tierras de León, cinco. Evidentemente, es innegable que los tres ejes geográficos centrales de la poesía unamuniana son el País Vasco, Salamanca y Castilla.

Tierra y mar abrazados bajo el cielo
mejen sus lenguas,
mientras él entre montes de pinares
tranquilo sueña,
y Dios por velo del abrazo corre
sobre sus hijos un cendal de niebla.
Ondea palpitando el seno azul del novio,
y a su aliento la verde cabellera
de la novia se mece; de castaños,
de pinos y de robles, de nogueras,
y rubio bello del maíz dorado
que a la brisa marina se cimbreá.

Frunce el ceño la novia en Finisterre,
que broncos mocetones alimenta;
yergue desnudo el cuello en el naciente,
espalda a espalda con Asturias recia,
y alza la frente blanca,
cimas de roca que las nubes besan
y que por ver el seno del amante
hacia el cielo se elevan.

Vuelto él en nubes hasta el cielo se alza,
derrítese de amor, su jugo suelta,
y lenta la llovizna
va empapando a la tierra,
y corte por los ríos fecundantes,
ceñidos de alisedas,
nuevamente del mar al seno siempre joven,
henchido siempre de pujanza nueva.

[«Galicia», 7-X-1912; o.c. VI, pp. 508-509]

Por un resquicio azul desde la altura
se ríe el sol de fiesta,
e irisa con sus labios la llovizna,
y la obra le completa.

El mar que duerme en las tranquilas rías
buscando acaso olvido a sus tormentas,
se consume de sed del agua dulce
que de las cimas llega,
y mira al Ulla, al Lérez, y en las fuentes
que el bosque esconde sueña.

Sed es de la dulzura
que su amargor consuela;
sed de los besos húmedos
que ella le manda de sus hondas selvas,
sed de las fuentes que entre los castaños,
de la roca revientan.

Como lenta caricia el Miño manso
desciende restregándose en sus vegas
y el Lérez, demorándose en «salones»,
en lecho de verdura se recuesta.

El Sar humilde, tras cortina de árboles
sus aguas cela,
cantando de la dulce Rosalía
cantos de amor y queja,
y en honda cama de granito pasa
el Sil asceta.

Francisco Camba le pregunta en 1915 a Unamuno precisamente por esta afirmación acerca del carácter femenino de las montañas gallegas. Es interesante el comentario que realiza a propósito del disgusto y enfado que en Galicia causaron esas afirmaciones. Unamuno explica nítidamente que es la especial orografía de un terreno desgastado por el paso del tiempo la que provoca que en el paisaje predominen las líneas curvas, no los ángulos, y desde siempre las curvas se asocian con lo femenino:

—Por cierto que se disgustaron un poco cuando usted llamó femeninas á las montañas gallegas. Gramaticalmente claro es que lo son. Pero supongo que usted se refería al carácter. Y eso de llamarles femeninas es un poco molesto. Parece que no pueden inspirar sentimientos fuertes, recios, varoniles. ¿Y usted qué opina? [...]

—Yo no sé si á la sombra de unas montañas femeninas pueden desarrollarse almas masculinas. Es posible. Pero las montañas gallegas son femeninas á pesar de todo. Son las más viejas de la Península. Las rocas de que primitivamente estuvieron constituidas se han ido gastando. Hoy apenas se componen de otra cosa que de tierra y la tierra no puede, naturalmente, ofrecer ángulos, sino curvas suaves

que yo considero femeninas. El tipo de las montañas masculinas lo tiene usted en las de Gredos, con sus ángulos duros, con su osamento visible...

[Francisco Camba, 1915, p. 1]

La tierra gallega posee toda una serie de características que después, en mayor o menor medida, les serán transmitidas a los gallegos. Unamuno destaca por encima de otras cualidades el carácter humano y tolerante de la naturaleza gallega:

[...] Y vosotros todos, bien se ve, os esforzáis por poner vuestras almas de acuerdo con el espléndido escenario que ante ellas Dios despliega y con que las abraza, por templarlas al tono manso y dulce de vuestra naturaleza, una naturaleza humanizada, de esta jugosa campiña que seduce como un nido, predica con su perenne verdura tolerancia, e invita a vivir en paz con el cielo, con la tierra, consigo mismo y con los prójimos. Llama a las artes de la paz que se cimentan en el esparcimiento del saber y de las luces. Toda comezón de violencia tiene que derretirse aquí, ante el reposo de estas sosegadoras frondas, hijas de tempero suave y de blandas lluvias sobre terruño mollar.

El argumento de lo que he de deciros me lo dan, pues, el aliento espiritual que de esta tierra, vestida de verdor de infancia, se exhala,

[Discurso pronunciado en el Concurso Pedagógico celebrado en Ourense el 13 de junio de 1903; *o.c.* IX, p. 81]

No obstante, hay algún punto discordante entre la tierra y el hombre que la habita: la sinceridad. Para Unamuno el hombre gallego, como el resto de los españoles, no es sincero: se queja demasiado y se aproxima a la ribera de la hipocresía. Y eso a pesar de que la naturaleza gallega, en comparación con la castellana, es más sincera:

por más que la Naturaleza gallega es más sincera que la castellana. Estos no son los campos castellanos, [...] sino que son valles francos y liberales que se dan en castaños y abren su verdura al sol, árboles que despliegan sus pulmones, su fronda al aire libre...

[Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de A Coruña el 19-VI-1903; *o.c.* IX, p. 99]

De todos es sabido que Unamuno es de la opinión de que todo viajero se debe empapar en la realidad del lugar que visita. De ahí que en la conferencia que pronuncia en el Teatro Principal de A Coruña, para ejemplificar la facilidad de un cálculo de medición terrestre, acude al trayecto concreto que hay de A Coruña a Betanzos «tan fácil como la de averiguar la distancia de aquí a Betanzos» (Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de A Coruña el 19-VI-1903; *o.c.* IX, p. 103).

1.1. *Las rías*

En cada uno de los dos viajes que, en 1903 y 1912, Unamuno realizó a Galicia, visitó distintas comarcas de las rías gallegas. En el año 1903 hizo el trayecto por

mar de A Coruña a Ferrol y desde esta ciudad bajó a Betanzos para regresar desde aquí a Salamanca. Unamuno conoció, bien *in situ*, bien a bordo del medio de transporte empleado en cada momento, las cuatro rías que componen el golfo ártabro: la ría de A Coruña, la de Betanzos, la de Ares y la de Ferrol. Del recorrido por ellas fue precisamente el trayecto que lleva de Ferrol a Betanzos el que deleitó en mayor medida la pupila unamuniana: «De Ferrol á Betanzos, muy hermoso» (Carta a Emilia Pardo Bazán; publicada el 8-VII-1903 en *El Correo Gallego*, p. 1). Es ese trayecto por las rías lo que perpetuó el autor vasco en las páginas que salieron de su pluma:

Iba de El Ferrol a Betanzos, bordeando las rías, restregándome la vista con verdura, anegada en suave neblina. El mar lame a lengüetazos de rías la verdura de los viejos montes, postrados; les rebusca los repliegues y se esconde en sus frondosidades, mientras ellos le ciñen y abrazan. En el fondo se muestra algo del severo esqueleto, pero no mucho. La ría de Betanzos habríame parecido a ratos la de Guernica, si bien mucho más en grande, si no fuese porque le faltaban las aserraderas peñas de Acharre, sin más que vello de madroñales entre las rocas, y el pelado Ereñozar y la pedernosa sierra de Busturia [...]

[Por Galicia. I, 20-VII-1903; o.c. I, p. 307]

Las otras rías gallegas hacia las que Unamuno orientará su atención son las Rías Baixas. De ellas no hablará hasta que llegue a Pontevedra en el año 1912. En ese momento confiesa que ya le vienen de antiguo las ganas de conocer y explorar esta zona de Galicia. Insiste también en los comentarios favorables de todo aquel que las ha visitado y la fama que las precede:

Por mi parte, se me presentaba un conflicto: de un lado, mi deseo, ya antiguo y acrecentado en un viaje a otra porción de Galicia, de conocer esta región famosa por su belleza,

[Discurso en los Juegos Florales de Pontevedra el 18-VIII-1912; o.c. IX, p. 270]

Desde que hace ocho años visité una parte de Galicia —Orense y Coruña—, ansiaba conocer el resto, y sobre todo la encantadora comarca de las rías bajas, de que se hacen lenguas cuantos la visitan. Y allá he tenido ocasión de ir en romería este verano.

[Junto a las Rías Bajas de Galicia, x-1912; o.c. I, p. 383]

Y Unamuno, después de su visita, les dedicará abundantes párrafos, los suficientes como para rubricar tales afirmaciones. Abordará la explicación técnica de qué es una ría, enumerará y especificará las características de algunas o de algunos de los ríos que en ellas desembocan... El río Lérez⁶, el Ulla o el Sar adquieren en la prosa unamuniana casi tanto protagonismo como las propias rías (la historia, la vegetación que los rodea y, sobre todo, la pureza de sus aguas). Lo realmente importante es que el escritor vasco está retratando la hermosura nostálgica de la

6. Al final de la primera de las citas, Unamuno adelanta una visión premonitoria de lo que es la contaminación celulósica actual.

naturaleza gallega con un pincel personal que, al mismo tiempo que constata fotográficamente, reinterpreta simbólica, metafórica y líricamente toda esa exhuberancia terrestre:

Pero lo característico, lo casi privativo de esta provincia de Pontevedra, lo que le ha dado la fama de hermosa de que goza, son sus rías bajas.

Son las rías bajas brazos, o más bien lenguas de mar que, formando repliegues y meandros, se meten por la tierra, entre colinas de verdor, y brazos o lenguas de tierra que avanzan a refrescarse en el mar. Tierra y Océano se abrazan estrechamente y como que se mezclan, a lo que concurre la frecuente lluvia.

Dan las rías bajas la impresión de lagos sembrados de islas. Una faja de tierra cubre por todas partes el horizonte de estos tranquilos remansos del Océano. Los innumerables pueblitos de sus márgenes se reflejan en el agua y en días claros es como si las colinas y montañas revestidas de verdura estuviesen suspendidas en el cielo mismo, que en el seno del agua se reproduce. Duerme el mar, y acaso sueña, en brazos de la tierra.

Los hijos del país comparan las bellezas de estas rías bajas, de estos verdaderos lagos, entre sí, y establecen parangones entre la de Vigo, la de Marín o Pontevedra, la de Arosa... (Aún hay otras). Yo las encuentro muy hermanas. La de Marín, la más recogida, la más íntima; la de Arosa, que es la mayor, la más solemne. Por sus revueltas y golfos interiores recuerda el lago de los Cuatro Cantones, aunque no esté flanqueada por tan bravos montes. Y todas ellas invitan a dejarse en su seno mecer a merced de las aguas, y no digo de las olas porque el oleaje del mar libre se rompe y amansa en ellas.

Pero yo, que aunque nacido y criado muy cerca del mar y en pueblo adonde llegan la marea y el agua salada, gusto más que de él de la montaña y del campo, gocé de las horas más gratas internándome rías de Pontevedra arriba, donde deja ya de ser ría para ser río, en las aguas que vienen de las cimas, no en las que vienen del mar con la marea. Fué río Lérez arriba.

Un río para soñar en él lejos de la batalla de la vida. A una piedra que hay en su orilla, en un lugar que con el Tempe de Tesalia, descrito por Herodoto, comparaba aquel copioso beneditino padre Sarmiento, erudito que no dió paz a la mano, a esa piedra bajaba a descansar el buen fraile. Y allí, encima del Lérez, está el monasterio de beneditinos, donde el infatigable Feijóo hizo sus estudios. Lugar de descanso; lugar de estudio por lo mismo.

Bajan los árboles hasta las aguas mismas del Lérez para formarle abrigo de verdes cortinas y enverdecer sus aguas. Y el río, enamorado de la verdura, va enroscándose por ella, formando meandros que llaman allí salones, y fingen pequeños lagos, como en recuerdo de los grandes lagos aparentes de las rías bajas. Y hace suspirar suspiro de liberación al espíritu el verse uno encerrado en un recinto de follaje sobre la tranquilidad de las aguas límpidas. ¡Aguas límpidas! [...] Pero este Lérez virginal, no manchado aún por las deyecciones de la industria, convida al idilio, al amor y al recogimiento, al estudio.

[Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, pp. 384-385]

Este mar mismo, que se refugia allí, en las rías bajas de Galicia, entre los verdes brazos de la tierra, ¿no es que busca en ellos algo que ha perdido o acaso el olvido de sus tormentos? Allí, al arrimo de su eterna esposa, duerme y tal vez sueña.

Y acaso ansía volver a ser río, río humilde, río recojido; acaso sueña con su infancia. ¡Quién sabe!, tal vez la vasta ría de Arosa está soñando en el Ulla que le rinde sus aguas, en el pobre Sar a que cantó la pobre Rosalía. Y es todo ello una sed —el mar tiene sed, sed del agua dulce de los ríos que bajan de las cimas—, una sed inextinguible, [...]

[«Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, p. 387]

En el verde rincón en que oí la gaita, sobre el Lérez ensoñador, a la vista de la ría de Marín, que venía a buscar olvido en brazos de la verdura, en una aldehuela se recogía un camposanto.

[«Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, p. 388]

Bordea el tren la espléndida ría de Arosa y pasa luego junto a Padrón, la antigua Iria Flavia, [...] Pero Padrón, que se alza a orillas del Sar, en una riente vega, nos trae otros recuerdos, recuerdos de poesía.

[«Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, p. 377]

Y no lejos de allí corre sumiso y humilde el Sar, casi un arroyo, escondiéndose entre dos filas de árboles, recatándose a miradas indiscretas y como huyendo toda ostentación.

[«Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, p. 378]

En la dedicatoria que deja en el álbum de pensamientos de Matilde Bares Peralta en Bueu el 25-VIII-1912, les asigna a las rías y a los verdes valles gallegos la característica de la serenidad: «serenidad como la de estas rías, y estos valles verdes de Galicia» (*Faro de Vigo*, 29-VIII-1912, p. 2). Y transcurren los años y, desde la expatriación voluntaria en Francia, al ejemplificar la realidad geográfica a la que se refiere el término *ría*, Unamuno remite a una de las Rías Baixas gallegas más conocidas, la de Arousa: «La ría', en español, es otra cosa; es un brazo de la mar que entra en tierra: la ría de Arosa» («El Bidasoa», 13-II-1926; *o.c.* VIII, p. 649).

1.2. *La comarca del Miño*

En general, son constantes las referencias al agua en Galicia en todas sus manifestaciones: de lluvia, en los ríos, en las rías, en el mar... y que le confieren un gran vitalismo al paisaje gallego. Dos años después de la primera visita de Unamuno a Galicia, éste le garantiza por carta a J. Neira Cancela que la naturaleza orensana le gustó mucho, que le llegó muy adentro y que lo trasladó mentalmente a su paisaje natal, entre montañas, en el país vasco:

Pocos paisajes me han dejado más honda impresión que esa; me creí trasportado á mi infancia. Es un paisaje que infantiliza el alma, y más á los que nos hemos criado entre montañas. No, no traje malas impresiones de Orense, del campo, del paisaje.

[Carta a Juan Neira Cancela; *La Voz de Galicia*, 21-VII-1905, p. 1]

Y, de hecho, debió de ser así porque diez años más tarde, a la pregunta formulada por F. Camba sobre qué paisaje gallego caló más hondo en él, Unamuno, con las montañas de Bilbao al fondo, no lo duda y contesta que «ciertos paisajes de Orense» (Francisco Camba, 1915, p. 1).

Al río Miño y a las riberas que riega también les prestará su atención Unamuno. Que el Miño es el río más importante y más conocido de Galicia no ofrece ninguna duda y, de manera proporcional a esta notoriedad, es el que más veces se documenta en la magna obra del autor vasco. Ahora bien, ya en la primera de sus menciones Unamuno no se va a olvidar del dicho popular a propósito de la relación inversamente proporcional agua/fama entre el río Sil y el Miño:

Travesando la abrupta encañada, por donde corre el Sil, entre Monforte y Orense, y que, aunque en plena tierra gallega, parece ser la entrada al corazón de Galicia, encuéntrase el viajero en la región del Miño, que lleva, según el dicho decidero, la fama, mientras lleva el Sil el agua, y cabecera de esa región a Orense, [...] Y ya allí, el paisaje gallego, el mismo que con pequeñas diferencias se seguirá viendo luego.

[«Por Galicia. I», 20-VII-1903; *o.c.* I, pp. 306-307]

El río Miño es una de las grandes corrientes de agua que hay en la Península Ibérica. Unamuno manifiesta la atracción que siente por éste y por los demás ríos caudalosos, atracción que se explica porque, para él, la importancia del agua es vital como conciencia del paisaje circundante. El agua está detrás de todos y cada uno de los elementos minerales o vegetales que configuran cualquier paisaje, proporcionándole una mayor vitalidad según aumenta su presencia: «Uno de mis más vivos deseos es el de seguir el curso de nuestros grandes ríos, el Duero, el Miño, el Tajo, el Guadiana, el Guadalquivir, el Ebro. Se les siente vivir» («Trujillo», XI-1909; *o.c.* I, p. 330). En el diario poético que constituye el *Cancionero*, en alguna de las poesías escritas en Hendaya, localizamos alguna referencia a los grandes ríos peninsulares; en la enumeración de ellos no falta el Miño (*cf.* *Cancionero. Diario poético. 1928-1936*, poema 270, 11-VII-1928; *o.c.* VI, p. 1032 o poema 1274, 22-IX-1929; *o.c.* VI, p. 1289). En el año treinta y tres establece Unamuno una comparación entre los dedos de una mano y los grandes ríos de la Península: «Sus cinco dedos líquidos, ¿Miño-pulgar?» («País, paisaje y paisanaje», 22-VIII-1933; *o.c.* I, p. 705). Para Unamuno el río Miño une más que separa: y es que, independientemente de las fronteras políticas, la naturaleza no establece ninguna diferencia opositiva entre ambas márgenes del río. El paisaje es el mismo a ambos lados del Miño, configurando una comarca miñota, comarca que sí es específicamente gallega al ascender hasta las Rías Baixas:

Fué atravesando mi bien conocido Portugal, por las orillas del Duero asceta que corre en lecho de rocas y yendo a buscar luego las del Miño manso, que como una caricia lenta baja al mar, restregándose en la verdura de sus vegas.

La tierra toda del Miño, de un lado y otro de la ría, por España y por Portugal, se abre a los ojos como una visión de ensueño que nos ata a la tierra. La he visto

entre llovizna, recibiendo resignada el jugo fecundante de las nubes, y es como mejor sentimos su significación íntima toda. Es un paisaje carnal y crepuscular a la vez, y, si me es permitido decirlo, más musical que pictórico. Los montes del horizonte languidecen entre neblinas. Por dondequiera el verdor vela al esqueleto rocoso de la tierra,

[Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; o.c. I, p. 383]

Dos son las ciudades bañadas por el Miño a las que se refiere Unamuno: Ourense y Tui. La referencia a la primera se ha visto antes, ahora insertamos la cita de la segunda con la hiperbólica comparación de la naturaleza circundante con un paraíso terrenal:

Y vista la campiña desde Túy mismo, desde la torre de su catedral-fortaleza, que es un espléndido balcón abierto a un paraíso terrenal, no puede decirse que el valle sea pequeño ni que falten largos horizontes, aunque no, ¡claro está!, los de Castilla.

[Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; o.c. I, p. 384]

1.3. *Semejanza con otras tierras*

En unos pocos párrafos intentaremos condensar comentarios dispersos de Unamuno a propósito de las semejanzas y/o diferencias de Galicia con otras tierras, próximas o no. No olvidemos, de entrada, la división que propone Unamuno, antes de visitar por primera vez Galicia, entre las tierras y los ríos del Norte y del Noroeste por un lado y los del Sur y Sudeste por otro. Para eso, el autor vasco recurre a los comentarios que supuestamente le realiza a un amigo (*cf.* «Las dos vertientes», 2-v-1903; o.c. IX, pp. 872-873).

Únicamente en una ocasión establece Unamuno un paralelismo positivo entre la tierra gallega y la andaluza. En este sentido Galicia, como Andalucía, es mimosa, alegre y agradable. Por el contrario, en muchas oportunidades Unamuno emparenta las tierras que comparten el litoral cantábrico, a saber: Galicia, Asturias, Cantabria y el País Vasco. El ámbito geofísico no es una excepción porque una interrelación semejante también la propone a propósito del factor humano. Desde esta perspectiva, el paisaje cantábrico hace frente común por oposición a las llanuras de Castilla (*cf.* «España sugestiva. Zamora», IX-1906; o.c. I, p. 628).

Ahora bien, en algún aspecto la naturaleza gallega aún conserva un estado virginal que Unamuno ya echa de menos en otras zonas del litoral cantábrico: la pureza de las aguas de los ríos gallegos contrasta con la suciedad en el tramo final de los ríos asturianos y vascos que recogen el legado industrial (*cf.* «Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; o.c. I, p. 385).

Unamuno tiene *in mente* como símbolo de la naturaleza exuberante el verdor de Galicia, y es por eso por lo que, ante un paisaje con esas características, se recuerda de la geografía gallega. Si no fuese por la vegetación típicamente tropical, algunas zonas de la isla de Gran Canaria coincidirían exactamente con Galicia:

Subí a Teror, un pueblecito de singular sosiego, que me recordó alguno de los pueblos del Miño portugués. Si no fuese por las palmeras, este árbol litúrgico que parece un gran cirio de quieta llama verde, si no fuese por los plátanos, si no fuese por otras plantas tropicales, esto recordaría a las veces Galicia. Pero allá, en Teror, a cerca de 600 metros sobre el nivel del mar, el aspecto varía.

[«La Gran Canaria», VIII-1909; *o.c.* I, pp. 315-316]

En el año 1912 Unamuno entró en Galicia por Portugal, y desde Valença do Miño pasó a Tui. En el discurso de los Juegos Florales de Pontevedra el publicista bilbaíno llevaba preparada una cita de Oliveira Martins sobre la comarca del Miño portugués, que por afinidad aplica a la margen miñota gallega (cfr. «Discurso en los Juegos Florales de Pontevedra el 18-VIII-1912»; *o.c.* IX, p. 275-6)⁷. De regreso a Salamanca, y después del periplo de Unamuno por las Rías Baixas, en uno de los artículos en los que recoge el nuevo contacto con Galicia recurre, traduciéndolo, a un fragmento de la mencionada cita de Oliveira Martins. Añade, eso sí, una precisión: la similitud entre el Miño gallego y el portugués se mantiene... mientras no lleguemos a las Rías Baixas gallegas:

[La tierra gallega del Miño] Recordaba aquella magnífica descripción de la tierra y el hombre del Miño que Oliveira Martins nos dejó en la descripción de Portugal con que su *Historia de Portugal* se abre. [...]

Pero esto que dice Oliveira Martins se aplica al Miño portugués mucho mejor que al gallego. Porque un poco más arriba de él se abren las rías.

[«Junto a las Rías Bajas de Galicia», X-1912; *o.c.* I, p. 383]

Lo anterior nos permite comprender de inmediato la tesis que, bastantes años más tarde, defiende Unamuno en relación con el carácter del Miño que actúa más de puente de unión que de raya separadora (cfr. *supra*): «pero son el Miño, el Duero, el Tajo y en parte el Guadiana, los que han hecho nación a Portugal. El Miño le une con Galicia más que le separa de ella» («Lisboa y Toledo», [1935]; *o.c.* I, p. 717).

1.4. *Las ciudades y villas de Galicia*

A Unamuno no le pasó desapercibida la especial distribución demográfica gallega. El autor bilbaíno constata que los gallegos asoman, esparcidos, por cualquier esquina de su tierra independientemente de que ésta sea llana, montañosa, del interior o de la costa: «Hormiguean los hijos de este abrazo | | por valles, costas, montes y laderas | | y de sus nidos hacia el cielo sube | | el humo del hogar como una ofrenda» («Galicia», 7-X-1912; *o.c.* VI, p. 509). Bien es verdad que Unamuno no llegó a conocer la verdadera montaña orensana o luguesa, por eso habla de 'montes'

7. En el fragmento del autor portugués se describe en esencia el paisaje (clima, vegetación, orografía...) del Miño portugués, salpicado con algunas referencias etnológicas.

siempre que se dirige a las elevaciones del terreno (*cf.* *supra*). Continuando con el reparto de la población gallega desde la perspectiva geográfica, el escritor bilbaíno advierte que la provincia de Pontevedra, en el conjunto de zonas urbanas y rurales, es la que posee mayor densidad de habitantes de toda España. De regreso de su viaje por Pontevedra Unamuno constata esto mismo:

La provincia de Pontevedra es, en rigor, la de mayor densidad de población de toda España, [...] Pero el campo en ninguna parte está más poblado que en esta provincia de Pontevedra, marítima y agrícola.

Viven como las ranas, casi encharcados, respirando humedad. [...]

[«Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, p. 384]

Al año siguiente Unamuno retoma de nuevo idéntico argumento pero, en esta oportunidad, se vale de datos oficiales para subrayar la densidad de la población gallega que, juntamente con la asturiana, es la que cuenta con núcleos más diminutos:

y Guipúzcoa y Pontevedra, los números tercero y cuarto en densidad, con 120 una y 113 la otra, [...]

De los datos del *Nomenclator* de 1900 resulta que en Galicia y Asturias viven dos millones de habitantes en entidades —municipios, concejos, aldeas etcétera— que tienen menos de 100 edificios y sólo 534.000 en los que cuentan más;

[«Del suicidio en España. II», 30-VII-1913; *o.c.* VII, p. 530]

El publicista vasco cree que hay más diferencias entre las aldeas de las distintas autonomías españolas que entre cualquiera de las grandes ciudades europeas —incluidas las españolas—, que para él son todas iguales. En su comparación incluye también los rincones de las aldeas gallegas incluso antes de conocerlas personalmente (*cf.* «Ciudad y campo. De mis impresiones de Madrid», VII-1902; *o.c.* I, p. 1041). En una carta de Unamuno a la condesa de Pardo Bazán, después de su viaje a Galicia de 1903, le expone que, de igual manera que la excursión fue 'deliciosa', la ciudad de Ferrol le «pareció una vasta ciudad deshabitada, con aquellas largas calles» (Carta a E. Pardo Bazán, *ante* 8-VII-1903; *El Correo Gallego*, 8-VII-1903, p. 1).

Hacia 1905 Unamuno realiza un doblemente interesante comentario a propósito de la valoración y del interés desde el punto de vista turístico de las poblaciones de España. Por un lado tenemos la opinión, que Unamuno no da como propia, de que las más interesantes son las villas con catedral que no son capitales de provincia. Entre las gallegas están Tui y Mondoñedo (de las cuales él únicamente conoce la primera). Por otro lado, Galicia se revaloriza en el seno de la concepción unamuniana de que las zonas, regiones incluidas, que realmente merecen la pena son aquellas que tienen una localización 'terminal' (*cf.* «Sarta de pensamientos. Sin cuerda lógica, pero con la impalpable liga de una cadena de agujas que cuelgan de un imán», *ca.* 1905; *o.c.* VII, pp. 437-438).

Unamuno visitó las villas de Pontedeume y de Betanzos en junio del año 1903. Quedó tan gratamente impresionado que, doce años después, le contesta a Francisco Camba en la entrevista que le hace lo siguiente:

¿Sabe usted dónde viviría gustoso?

—Usted dirá...

—En Betanzos. Betanzos es interesantísimo también. Otro pueblo que me gusta mucho es Puentedeume.

[Francisco Camba, 1915, p. 1]

Para calibrar con exactitud la respuesta anterior hay que situarla en unas coordenadas concretas pues, en principio, Unamuno tiene mucho más fresco el viaje a Galicia hecho tres años antes (en 1912). Sin embargo, la impronta más fuerte se la han dejado precisamente dos villas que visitó en una jornada, durante el camino de regreso a Salamanca, en 1903. Ciertamente, tuvo que quedar muy agradablemente impresionado por ellas.

1.4.1. Santiago de Compostela⁸

Al hablar de las ciudades gallegas Unamuno se centró esencialmente en una: Santiago de Compostela⁹. A las demás ciudades podrá recurrir para situar al lector o para que sirvan de fondo del cuadro que, en cada caso, intente diseñar. Pero Santiago de Compostela es en la obra unamuniana una pintura en sí misma, en la cual el autor detuvo parsimoniosamente su pincel. Así, no podemos comenzar de otra forma que no sea con la poesía que desde el destierro le dedica a la ciudad compostelana en el año 1929:

Santiago de Compostela

Santiago de Compostela, || lluvia en las losas, el cielo || de piedra, y las piedras santas, || cielo románico y céltico. || Embozo de lluvia mansa || y terca, dulce consuelo, || llora riendo y se ríe || con tonada de gaitero. || Prisciliano y Rosalía, || morriña y botafumeiro; || cuenta leyendas remotas || con sus conchas el romero. || La muiñeira en la verdura || del arrabal solariego; || el Pórtico de la Gloria || abre su pecho gallego.

[*Cancionero. Diario poético. 1928-1936*, poema 769, 2-III-1929; o.c. VI, pp. 1175-1176]

8. Como el camino de Santiago a que se refiere Unamuno, equivalente de Vía Láctea, solamente hace referencia a la Galaxia en la que se inserta el Sistema Solar y en ningún momento se establece una relación directa entre él y Galicia, no recuperamos las catorce referencias en las que se registra (*cf.*, sin embargo, §2.2.).

9. En este apartado solamente incluiremos aquellas referencias que contemplan a Santiago de Compostela como entidad de población. El trascendental papel que asumió históricamente como meta de los peregrinos de toda la cristiandad desde la Edad Media se recoge en §2.1.

En esta composición romancesada (con versos de ocho sílabas y rima asonante en los pares) Unamuno resume los rasgos que para él definen la capital de Galicia: la piedra, románica, como el agua, lo inunda todo; con las notas verdes y quejumbrosas de la gaita gallega omnipresentes; ciudad de peregrinaciones, de leyendas, cuna o abanderada de dos personajes señeros para Galicia: Prisciliano —que no el apóstol— y Rosalía; y, finalmente, el orgullo de la ciudad, la catedral, pero más que en su totalidad una parte de ella: el Pórtico de la Gloria, ejemplo de orfebrería en piedra, antesala del cielo en la tierra. En la última estrofa del poema «Galicia» Unamuno retoma los motivos recurrentes compostelanos: «Desde su altar, ceñido de altas torres || de granítica piedra, || que ennegrecieron lluvias seculares, || fomento de leyendas» («Galicia», 7-x-1912; o.c. VI, p. 510).

El poema «Santiago de Compostela» es de 1929. Diecisiete años antes, Unamuno había escrito un artículo en prosa que llevaba idéntico título. En él se establece de inicio un acusado paralelismo entre Santiago de Compostela y Salamanca —ciudades en que predominan las funciones religiosa y universitaria—, apenas roto por la mayor presencia del agua/sol y por la piedra base: piedra de grano plateresco o granito románico. El artículo es en sí un paseo por la ciudad, un paseo por las rúas compostelanas, por sus edificios y por su historia. Pero, sobre todo, es un paseo por el símbolo de la ciudad: la catedral y, esencialísimamente, por el Pórtico de la Gloria al que, entre otros múltiples elogios, Unamuno denomina 'poema en piedra'¹⁰:

Cuando pasada ya la vega de Padrón se me presentaron a la vista las torres de Santiago, me acordé de esta mi Salamanca, pues son, sin duda, las dos ciudades españolas, episcopales y universitarias ambas, que más parecido guardan entre sí. Sólo que esta Salamanca es más abierta, más alegre, más soleada y peor empedrada también. La arenisca de esta plateresca Salamanca se dora al sol y admite una profusión de follajes ornamentales difíciles de labrar en el duro granito de Santiago, que bajo aquel cielo plúmbeo y lluvioso se ennegrece pronto, dando a la ciudad compostelana el aire austero y hasta sombrío que la distingue.

Pero cuenta que lo sombrío no es feo; es más bien hermosísimo. Aquellas rúas compostelanas, llenas de soportales, por donde pasean estudiantes y canónigos, nos hablan de una ciudad hecha para el estudio y el rezo, pero donde hallan también campo las lides del amor. Y no sé por qué me acordaba de Brujas la muerta y de tantas otras muertas ciudades, y pensaba en amores furtivos, en tragedias ocultas, en dramas de misterio entre amantes de negro bajo la negrura lluviosa de la ciudad, en citas que alguien creería sacrílegas, en las oscuras naves románicas de la catedral.

La catedral lo corona y como que lo absorbe todo. Alza su fachada principal, la del Poniente o la del Obradoiro, en la mayor y más abierta caja de piedra de Santiago, quiero decir en su gran plaza franqueada por cuatro solemnes edificios: la catedral misma, el gran hospital real que los Reyes Católicos mandaron construir para los peregrinos —y que recuerda nuestro actual colegio de irlandeses

10. Para entender el gran interés que hacia el Pórtico de la Gloria sentía Unamuno basta con observar la cantidad de anotaciones que hizo en su ejemplar de la obra de Antonio López Ferreiro, *El pórtico de la gloria*, 1893.

salmantino—, el seminario de confesores —algo muy parecido al colegio viejo de San Bartolomé, de Salamanca y el antiguo colegio de San Jerónimo.

Después de la fachada del Obradoiro se abre, al entrar por ella en la catedral, el estupendo Pórtico de la Gloria, la maravilla icónica de España, que mereció ser vaciado para figurar en el museo de Kensington, de Londres. Cuanto se diga de ese poema en piedra en que se respiran el arte y la piedad medievales, será poco. La eterna juventud de la piedra nos habla allí de una fe juvenil, virgen madre de las más consoladoras visiones. En torno a la figura de Nuestro Señor, que nos muestra sus llagas, escoltado por los cuatro evangelistas, los ancianos apocalípticos, con sus instrumentos músicos en las manos, están absortos en un éxtasis que nunca acaba. Los profetas y los apóstoles sonríen más abajo. Y la piedra, policromada, habla o más bien canta. Al pie del pórtico, de hinojos y mirando al altar donde está el sepulcro del apóstol, el maestro Mateo, el autor de semejante maravilla arquitectónica, ora en piedra. El pueblo le llama el santo *dos croques*, el santo de los cosques o pescozones; y dicese que algunas madres van a dar a sus hijos de cabeza contra aquella cabeza de piedra para que se les despierte la inteligencia.

Digna entrada de nuestra gran catedral románica aquel Pórtico de la Gloria. El románico, severo y sobrio, resiste la cursilería en que fácilmente cae el gótico. La religiosa gravedad del románico no se presta a las sentimentalías literarias del gótico. No se comprende a Chateaubriand en las naves severas de un templo románico. El de Santiago sugiere, desde luego, la idea de un sepulcro, casi de una catacumba. Estamos muy lejos del pintoresco irisado de la catedral de León. Allí, en la catedral de Santiago, hay que rezar de un modo o de otro; no cabe hacer literatura. Su galería alta nos habla de las bandadas de anhelantes romeros que en ellas dormían. Y fué para sahumar la catedral, matando el hedor que aquellos peregrinos allí dejaban, para lo que se hizo el famoso «botafumeiro», el gran incensario que, pendiente del cimborrio, recorre las naves del crucero.

La catedral domina con sus torres a Santiago, pero en torno de ellas se levantan otras muchas, y vista la ciudad desde el paseo de la Herradura semeja un gran bosque oscuro de piedra, destacándose sobre la verdura riente de la campiña. Cerca de la Basílica se alza San Martín Pinario, hoy seminario pontificio, antiguo monasterio de benedictinos, solemne y espacioso y desnudo. Su templo da una singular sensación de reposo y de sobriedad que, habría encantado a aquel maestro ya conocido padre Sigüenza, el que sintió tan hondamente lo desnudo arquitectónico. Y desnudo y sencillo como vivió el pobrecito de Asís, se alza también el templo de San Francisco. El austero granítico compostelano rechaza los floreos de la arenisca salmantina.

Bajamos a la Colegiata del Sar, con sus torcidas columnas y el resto que de su viejo claustro románico queda.

Y a vagar luego por aquellas rúas santiaguesas, por sus recodos y esguinces, entre las pétreas plazas, por donde un tiempo llenarían los soportales rezos de romero, y hoy, en noches tibias, volarán susurros de enamorados. Porque más que en las alegres ciudades abiertas al sol, más que en las campiñas libres, se piensa en el amor, siquiera como un recurso y un consuelo, en estas viejas ciudades sombrías, levíticas y académicas, sobre que gravita la pesadumbre de los siglos. En el largo invierno de largas noches, bajo la llovizna terca, al son pastoso de las campanas, ¿qué se va a hacer?

[«Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, pp. 379-380]

Y casi siempre que aparece Santiago de Compostela en la obra del poeta bilbaíno viene asociada a alguna de las características enumeradas¹¹. De hecho, en las cuatro citas siguientes Unamuno hace representante a Compostela del románico (con su maravillosa catedral) «la solemnidad de la románica sede de Santiago de Compostela» («León», VII-1913; *o.c.* I, p. 390) y «Románica es la espléndida catedral de Santiago de Compostela» («¡Ojo con el Partenón!», 4-IV-1920; *El Liberal*, Madrid, 4-IV-1920), de la época medieval «Medieval Compostela» (*Cancionero. Diario poético. 1928-1936*, poema 982, 31-III-1929; *o.c.* VI, p. 1224) y de las ciudades construidas y levantadas en piedra «De cantería Santiago de Compostela» («Desde alturas de tierra», 18-VIII-1932; *o.c.* VII, p. 681).

Para Unamuno Santiago de Compostela es una ciudad de belleza superlativa. Ella es el corazón de Galicia y, desgraciadamente, está en manos de caciques (por ejemplo Montero Ríos) y de curas: «¿Qué pasó en Santiago de Compostela? ¿Qué pasó en aquella hermosísima ciudad, corazón de la sufrida Galicia, entregada también a caciques y bonzos?» («¡Viva Cataluña!», 4-VIII-1917; *A.O.E.*, pp. 127-128). Unamuno también tiene palabras y recuerdos para la plaza del Obradoiro de la que afirma que es «la más hermosa plaza de España» («¡Viva Cataluña!», 4-VIII-1917; *A.O.E.*, p. 127).

Unamuno aprovechó su estancia en Pontevedra para acercarse hasta Santiago de Compostela. Lo hizo pero única y exclusivamente como turista: no pronunció ninguna conferencia, se limitó a pasear y a recorrer exhaustivamente la ciudad. La clave se nos proporciona al comienzo del artículo dedicado a la ciudad compostelana: éste es uno de los pocos lugares de España que conserva y combina la riqueza artística con el ambiente más tradicional: «quien desee conocer bien España y respirar lo que aún queda de su viejo ambiente tradicional, no puede dispensarse de una piadosa romería artística a Santiago de Compostela, en el corazón de Galicia» («Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, p. 377).

En la recta final de ese mismo artículo Unamuno concluye, después del recorrido turístico compostelano, que Santiago de Compostela se asemeja a las ciudades castellanas y se aleja de las comarcas gallegas de las Rías Baixas y del Miño, sobre todo por la pétrea y sombría gravedad de aquélla frente a la alegre claridad de las segundas:

en las adustas y graves calles de Santiago de Compostela. Y es que hay una estrecha hermandad entre una y otras. Santiago es lo más castellano que hay en Galicia; es, en rigor, una ciudad profundamente castellana, de una Castilla de ciclo plúmbeo y lluvioso. En las rías compostelanas siéntese uno lejos, muy lejos, de las rientes islas [*sic*] bajas de Pontevedra, lejos, muy lejos, de las vegas del Miño. Santiago,

11. Una excepción la constituye la primera referencia, de pasada, a esta ciudad gallega en la ficción novelesca unamuniana. En un intento de mostrar hasta qué punto llega el desconocimiento de la realidad geográfica española para unos mozos vascos, Santiago de Compostela encabeza un listado de ciudades (*pueblos* es el término que se emplea en el original) emblemáticas en el propio s. XIX (*cf.* *Paz en la guerra*, 1897; *o.c.* T. II, p. 182).

corazón de Galicia, es uno de los corazones de España; lo específico y diferencial galaico parece se borra en él y resurge el alma común española, base castellana y alma nacional.

[Santiago de Compostela], VIII-1912; *o.c.* I, p. 382]

Difícilmente podía ser de otra manera desde el momento en que Santiago de Compostela es la ciudad más internacional de Galicia y una de las más visitadas de toda España (*cf.*: «España sugestiva. Zamora», IX-1906; *o.c.* I, p. 627). En Pontevedra, dos días después del regreso de la visita por Santiago de Compostela, le cuenta a I. Millán que es una ciudad en la que hay mucho que estudiar y que fue una verdadera pena que no hubiese llovido en los dos días en que paseó por sus calles:

—¡Oh Santiago! Mucho hay en él para estudiar. ¡Lástima que no lloviese como ahora, cuando yo lo visité!...

Y D. Miguel me habla luego de Compostela, de sus monumentos, de sus rúas sinuosas y obscuras que tienen unos soportales de ruinaos arcos donde flota el misterio de otra edad; del sepulcro del Apóstol sobre cuyas dobelas se levantó una Catedral, de sus casonas dilatadas con blasones esculpídos sobre el zaguán, á lo largo de cuyas fachadas corre un balcón ámplio sostenido por cartelas y encima, brotando del alero, nidal de golondrinas, unas gárgolas rotas y en las fauces profundas, apocalípticas, el encaje de la primaria...

[Hablando con don Miguel de Unamuno], [24-VIII-1912]; *El Eco de Santiago*, 29-VIII-1912, p. 1]

En la cita precedente, I. Millán solamente reproduce directamente las palabras de Unamuno (empleando el guión) en la línea y media iniciales. El segundo párrafo, el más amplio, es una paráfrasis más o menos libre de lo que se supone que le contó de palabra Unamuno. Sabemos que éste siente devoción por la Catedral, no en vano la visitó cuatro veces en dos días, pero sospechamos que la suya no fue una descripción tan afectadamente churrigueresca como la anterior de I. Millán. Y desde luego, el punto en el que, más que dudar, discrepamos de la versión que I. Millán da en estilo indirecto de las supuestas palabras de Unamuno, es en lo relativo al 'sepulcro del Apóstol'. Si examinamos detenidamente todos los antecedentes (*cf.*: §2.1.) sería ésta la única referencia coincidente con la versión 'oficial' sobre los orígenes apostólicos del esqueleto que se venera en la catedral compostelana, circunstancia que despide cierto tufo de inverosimilitud puesta en boca de Unamuno.

En las respuestas de Unamuno a F. Camba en la conversación que ambos mantuvieron en Madrid a finales de 1915 no falta una referencia a la capital gallega. En ella el escritor bilbaíno asegura que, de las ciudades gallegas, fue Santiago de Compostela la que más cosas le transmitió, que es una ciudad única en el mundo por interesante y que le gustaría visitar a menudo, pero en la cual no podría vivir porque se 'ahogaría':

[...] qué ciudad gallega ha hablado más elocuentemente á su espíritu? [...] medita un poco y responde:

—Santiago. Santiago es una ciudad interesantísima.

Yo le ruego que busque su similar en alguna otra de España ó del extranjero. Quiero ayudarle á discurrir evocando nombres. Cito á Toledo, cito á Brujas... Unamuno desprecia toda mi erudición. Santiago es única. El la visitaría gustosísimo con gran frecuencia.

—¿Y viviría usted allí?

—No, francamente. Me parece que debe caérsele á uno encima.

[Francisco Camba, 1915, p. 1]

A finales de 1930 D. García-Sabell, en nombre de la F.U.E. de la Universidad compostelana, invita formalmente a Unamuno para que pronuncie una conferencia. El publicista vasco acepta la invitación «Entre otras cosas por volver a esa maravillosa ciudad de Santiago que la llevo estampada desde que la vi, en las entretelas de mis entrañas» (Carta de Unamuno a D. García-Sabell, *post* 17-XI-1930/*ante* 20-XI-1930; A. Vilanova, 1968).

2. LA HISTORIA DE GALICIA¹²

Uno de los protagonistas de un relato corto de Unamuno, después de relatar la verdadera y fantástica historia del origen de Colón, a la pregunta de qué documentos ha sacado esa información contesta «—¿Pero se cree, mi amo, que yo trato a la historia como esos escarabajos peloteros de la investigación erudita? ¡Yo *hago* historia! ¡Ellos la *escriben* cuando más!» («Las peregrinaciones de Turismundo. III. Tumbocoba, Gupimboda y Fafiloria», [1921]; *o.c.* II, p. 887; inédito). Obviamente, tal respuesta no sale directamente de la boca de Unamuno, pero sí lo hace de su pluma y letra y nos permite enriquecer desde la propia perspectiva unamuniana un aspecto tan polémico como es la rigurosidad documental en la que (no) se sustentan muchas de sus afirmaciones. Ramón J. Sender (1955) en el capítulo que le dedica al publicista vasco como miembro de la generación del 98, entre otros muchos defectos, le achaca una falta de rigurosidad que lo lleva, desde su perspectiva, a cometer muchas y constantes imprecisiones. J. Gómez Martínez ('Zenitram') acusa de esto mismo al escritor bilbaíno: según él, sus opiniones se apoyan más en lo llamativo y sorprendente de las apreciaciones que en documentación rigurosa y profunda (*cfr. infra*). En Unamuno no se localizan demasiadas referencias a la historia de Galicia, pero más de una será contestada por parte de los intelectuales gallegos contemporáneos. La réplica gira casi siempre alrededor del desconocimiento efectivo de Unamuno en el tema objeto de análisis o de la nula argumentación empleada por el publicista vasco en sus comentarios.

12. Excluimos de este capítulo todas aquellas referencias que Unamuno les dedicó a título individual a personas/personajes gallegos concretos esencialmente contemporáneos. Ellos merecerían, también, una atención específica. Lo mismo ocurre con la política y los políticos.

2.1. *Antigua: el celtismo*

Unamuno, en una carta que le envía a V. Said Armesto a comienzos de 1905, se refería al celtismo como ‘manía’ y a los escritos de Manuel Murguía los calificaba de ‘disparates’ (cfr. A. Rodríguez Guerra 2002: 254). Evidentemente no podemos deslindar esta fase de la historia gallega de todo lo relativo a la supuesta influencia de la lengua de los antepasados celtas en el latín de los romanos y de los posibles rastros que sobrevivieron en gallego (cfr. A. Rodríguez Guerra 2002: 250-257). Veamos la interpretación histórica que Unamuno realiza de esta etapa pretérita de la Gallaecia¹³:

[Los gallegos] Latinizáronse muy pronto y muy por completo, como sus parientes los galos.

[...]

La mayor parte del celtismo de los historiadores e investigadores regionales gallegos es pura faramalla y decoración con que cubrir y tapar los huecos del escenario de su historia; mas aun así y todo, fuerza es confesar que algo de verdad ha de haber en el fondo de todo ello. [...]

Hubo, sin duda, en tiempos una civilización céltica, de que aun quedan rastros y reliquias; leyendas, que nutrieron la poesía medieval —como la del rey Arturo y Merlín y Viviana—; una religión con todos aquellos misterios druídicos, y hasta un derecho que ha sido objeto de ahincados estudios. Todo ello se borró porque el grueso de los celtas se latinizó al punto, tal vez por parentesco espiritual con los latinos, pues sabido es que en el grupo de las lenguas arianas, a que ambos pertenecen, el latín y el celta son los que presentan más analogías entre sí.

Pero no se borró todo lo propiamente céltico sin resistirse y sin confundirse en algún modo en lo que la invadía. En Galicia, ¿no fué la herejía de Prisciliano un último combate, que el paganismo nativo libraba contra invasora latinización católica?

[Por Galicia. II, 27-vii-1903; o.c. I, p. 309]

La opinión que le merece a Unamuno la etapa histórica de los castros es, en primer lugar, de rechazo frontal y categórico a la descripción que hacen los historiadores gallegos de la edad *castrexa*, para, acto seguido, reconocer que alguna huella celta sí se conservó y conserva en Galicia. Porque, en el fondo, la civilización latina dominante acabó contagiándose y asimilando como propias algunas de las peculiaridades celtas¹⁴. Entre la tradicional romanización débil (basada en aspectos institucionales porque Galicia se incorporó tardíamente al Imperio Romano y

13. Hablar de celtismo en España es hablar de celtismo en Galicia, por eso es también perfectamente extrapolable a la historia gallega el resumen de Unamuno sobre la cultura celta catalogándola como pura leyenda (cfr. Carta a José A. Balseiro, 27-ii-1928; E.In. T. II, p. 236).

14. Unamuno contabiliza entre los distintos pueblos europeos a los celtas. De hecho hace con ellos un conjunto que se diferencia de los iberos, latinos... y que pertenece al bloque occidental, menos asiático y realmente constituido como tal pueblo («Las Indias occidentales y la Europa asiática», I-1918, D.M.G., pp. 414-415).

no fue provincia hasta el s. III con Diocleciano) y la romanización temprana y completa sostenida por Unamuno, las opiniones de los historiadores modernos reconocen que la latinización fue mayor de lo que refleja el aparato administrativo, pero supuso, más que un sometimiento, una fusión de una oposición en la que el término culturalmente no marcado era el romano, mas que no provocó en ningún momento la completa aniquilación de la cultura *castrexa*, sino que la canalizó a través de su propia infraestructura histórico-cultural de la que carecía aquélla¹⁵.

Como ya hemos señalado, esta interpretación unamuniana de parte de la historia de Galicia no pasó desapercibida entre sus coetáneos gallegos. Así por ejemplo, entre otras consideraciones, Xan de Canzobre (1903: 4) se refiere al celtismo de Unamuno subrayando que ignora las fuentes que empleó el catedrático salmantino para realizar las afirmaciones a propósito del hipotético pasado celta de Galicia. A continuación le aconseja a Unamuno que consulte algunas de las páginas de historia gallega, para lo cual le enumera hasta once intelectuales gallegos (entre los que se encuentra Vicetto, Murguía y L. de Saralegui) que trabajaron con rigurosidad científica sobre los orígenes celtas de Galicia. Finaliza esta aproximación recurriendo también al argumento de la contradicción unamuniana: en el mismo artículo el intelectual bilbaíno oscila entre la existencia o no de un pasado celta en Galicia.

Por lo que se refiere a la religión de la época *castrexa* parece no ir muy descaminado Unamuno porque, con una gran cantidad de dioses, estos pueblos asimilaban la mayor parte de las divinidades a las realidades importantes que los rodeaban y algunas de sus creencias y costumbres sobrevivirán, previa adopción con o sin barniz, a lo largo de las culturas y civilizaciones sucesivas que se van superponiendo, hasta llegar a nuestros días. Entre ellas se habla de las leyendas que rodean los cruceiros y las ánimas del purgatorio. Ésa es la coordenada adecuada en la que sitúa Unamuno, por ejemplo, el panteísmo pagano que para él posee el gallego: éste no sería más que una pervivencia, en lo esencial, de la religión celta que hace de la naturaleza el motor del universo: «El paganismo, [...] late aquí más vivo que en otras regiones españolas, tal vez porque el antepasado del gallego, un celta, tenía una mitología naturalista» («Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, p. 388).

Solamente en un marco fundamentalmente lírico, después de la visita de Unamuno a Galicia en 1912, es posible entender la explicación que éste proporciona de la vocación atlántica de Galicia en términos de parentesco con el continente fabuloso de la Atlántida: «Estas extremas tierras occidentales de Europa, habitadas por esos pueblos a que se llama célticos, mirando siempre al mar, donde acaso se les perdió algo —¿la Atlántida tal vez?» («Junto a las Rías Bajas de Galicia», x-1912; *o.c.* I, p. 387). Vicente Risco, ante esta pregunta unamuniana sobre el

15. Para comprender el principal error de este celtismo mal entendido al identificar la civilización *castrexa*, exclusivamente con los pueblos celtas, es una buena lectura el libro, ya clásico, de Ramón Villares (1984): *A Historia*. Vigo: Galaxia. Una perspectiva nueva, que remueve los cimientos de la indoeuropeística tradicional y que afecta de lleno al pasado 'celta' de Galicia, es la de Mario Alinei (1996 y 2000): *Origini delle lingue d'Europa*. I y II. Bologna: Il Mulino.

posible pasado de Galicia en relación a la Atlántida como elemento justificador de la morriña gallega actual, concuerda con la hipótesis del escritor vasco remitiendo para eso al lugués Luis Porteiro Garea (*cf.* V. Martínez Risco, 1918, T. VI, p. 6). Dos años después, a comienzos de 1920, Unamuno, hablando de los galleguistas que rechazan a la civilización mediterránea intentando reconstruir una civilización gallega celto-atlántica, se refiere al ámbito celta a través de una regla inversamente proporcional pues, siempre según él, cuanto mayor era el desconocimiento de la cultura celta (en la que se incluye también, obviamente, la lengua) más se hablaba de ella: «En cuanto a los del celtismo gallego, habría mucho que hablar. La manía céltica en Galicia ha sido tanto más intensa cuanto menos se ha sabido de cosas célticas» («Ojo con el Partenón!», 4-IV-1920; *El Liberal*, Madrid, 4-IV-1920) (*cf. supra* con la réplica de Xan de Canzobre).

Es también interesante comprobar la denominación de Santiago de Compostela como 'Roma celtibérica' y no 'Roma celta', como tampoco es Prisciliano el celta, sino el celtíbero, selección intencionada que implica y quiere reflejar la fusión y la mixtura de las distintas razas históricas que configuraron el mapa peninsular: «los romeros que iban a la Roma celtibérica, a Santiago de Compostela, a la tumba de Prisciliano el celtíbero» («Campos Santos», 11-V-1923; *o.c.* I, p. 635 y *o.c.* IX, p. 1162). Pero, al igual que ocurre con el hombre gallego, esa fusión se llevó a cabo en distintas proporciones y es por eso por lo que Galicia, representada por Compostela, «presume de céltica más que de ibérica» («San Pablo y abre España!», 24-V-1934, E.U.P., p. 280).

2.2. Medieval

Ésta es la etapa de la historia gallega más visitada por Unamuno. Los acontecimientos históricos gallegos próximos al momento en el que escribe el escritor vasco carecen casi de representatividad. De los hechos acaecidos en periodo medieval, Unamuno insistirá en la triple vertiente de un mismo suceso: las peregrinaciones jacobeanas a Santiago de Compostela para rezar religiosamente en la tumba del apóstol Santiago que, históricamente, es la de Prisciliano.

La primera referencia al nacimiento del reino de Galicia como tal, en paralelo a otros como el asturiano, vasco, aragonés o catalán, en clara alusión a la reconquista, sitúa en las estribaciones de los Pirineos a los hombres que 'reconquistaron' toda la franja Norte de España (*cf.* «Diálogos. III», 20-VI-1887, p. 174). Sin precisar, eso sí, que la reconquista específicamente galaica tuvo lugar a mediados del s. VIII durante el reinado de Alfonso I de Asturias.

Las dos visitas de Unamuno a Galicia le sirven para conocer un poco mejor algunos detalles de historia gallega. Uno de ellos es el episodio de las guerras *irmandiñas*, a las que Unamuno se dirige sin distinguir entre la *irmandade fusquenlla* y la *gran guerra irmandiña*, y sin ubicarlas en el tiempo (la primera en 1431 y la segunda en el bienio 1467-1469). Se limita a decir que fue una revuelta sangrienta y a compararla, por ejemplo, con la de los aldeanos alemanes, causada por el hambre:

Alguien me recordó estos días la lucha de los Hernandinos. [*sic*] Yo recuerdo también la de los aldeanos alemanes: lucha terrible, provocada por el hambre, pero de cuyo sacudimiento poderoso surgió el movimiento redentor de la Alemania moderna: la Reforma.

[Discurso pronunciado en la Reunión de Artesanos de A Coruña el 20 de junio de 1903; *o.c.* IX, p. 107]

Costa ha vuelto a contar hace poco las sangrientas hazañas de los hermandinos;

[«Por Galicia. II», 27-VII-1903; *o.c.* I, p. 311]

Pero en Provenza, en aquella tierra de trovadores y de Juegos Florales, hubo los albigenses que supieron luchar por su fe, como aquí hubo aquellos *hermandinos* que supieron segar hombres.

[«Discurso en los Juegos Florales de Pontevedra el 18-VIII-1912»; *o.c.* IX, p. 275]

(A) El Camino de Santiago.

Aunque en una nota al pie, ya se ha comentado que Unamuno se sirve del paralelismo simbólico entre el camino de Santiago y la Vía Láctea. Mucho más pertinentes se evidencian las numerosas referencias tanto del terrenal camino de Santiago, como de las peregrinaciones, de los peregrinos o del foco centralizador y aglutinador de todas esas ansias devotas: Compostela y el sepulcro que en su catedral se custodia. La importancia histórica de Santiago de Compostela como centro de peregrinación, de la cual no olvida que estaba estratégicamente situada en el interior de la geografía galaica, fue tal que el autor bilbaíno la compara con ciudades de tanta devoción como Roma o Jerusalén: «Santiago de Compostela, [...] fué en aquellos siglos un lugar de romerías casi al igual de Roma y de Jerusalén» («Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, p. 377). La relevancia medieval que adquiere la ciudad compostelana es tan significativa que en mapas alemanes medievales se hace extensivo el nombre de 'tierra de Santiago' a todo el territorio peninsular cristiano (apréciese la cantidad de referencias insistiendo en lo mismo): «y al resto, á los reinos cristianos de la reconquista, Galicia ó Tierra de Santiago (*Jacobsland*)» (Carta a Juan Tejada Velasco, *post* 13-II/*ante* 25-II-1906; *Coruña Moderna*, 25-II-1906, p. 2); «En la Edad Media, en efecto, era el sepulcro del supuesto apóstol Santiago, en Compostela, de Galicia, centro de peregrinaciones de casi toda Europa, al punto de que en cartas alemanas de la época se le llama a España 'Jacobsland', la tierra de Santiago» («De Oñate a Aitzgorri», IX-1909; *o.c.* I, p. 289); «En cartas geográficas alemanas de la Edad Media se le llama a España *Jacobsland*, la tierra de Santiago» («Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, p. 377); «Em mappas medievaes allemães chamase á península -*Jacobsland*- a terra de Sant'Iago» (Conferencia dada por Unamuno o 22-VIII-1914 en Figueira da Foz, *Gazeta da Figueira*, 26-VIII-1914, p. 2).

Unamuno se hace eco desde antiguo no tanto de la importancia que en sí mismo tiene el camino de Santiago como de las repercusiones que para Galicia y

España tienen las peregrinaciones jacobeanas. Por él llegarán a Santiago de Compostela, con los peregrinos, las últimas corrientes culturales, de pensamiento, lingüísticas, literarias, artísticas o simplemente de costumbres, tradiciones (creencias o leyendas) de los distintos pueblos de Europa. No se puede olvidar tampoco que a la ciudad gallega llegarán caminantes de las condiciones sociales más dispares. El camino se va a convertir en el cordón umbilical que ponga en comunicación constante y continuada Santiago de Compostela, Galicia y en general toda la península con las culturas europeas. Unamuno señala que las peregrinaciones internacionales trascendieron el localismo gallego. Si nos situamos en el terreno de la literatura gallega medieval, se comprueba también que la causa principal de que fuese en Galicia donde surgiese la poesía lírica fue el contacto con la lírica provenzal a través del camino de Santiago. Idéntica explicación ofrece Unamuno para justificar las coincidencias lingüísticas entre el grupo gallego-portugués y el franco-provenzal (*cf.* *Historia de la lengua española. Ensayo de biología lingüística. Introducción a la Filología*. 1894; o.c. iv, pp. 677-679). Incluso para Unamuno no es un desatino que la independencia política de Portugal estuviese relacionada directamente con tales peregrinaciones. Por supuesto el escritor vasco reconoce que la funcionalidad esencial que en la península se extrajo del culto jacobeano fue política y persiguió la unificación de los cristianos:

Galicia, por su santuario de Compostela, era centro de un gran movimiento. A ella acudían juglares, trovadores, troveros y gentes de todas clases, magnates, prelados y príncipes. [...]

Notables analogías presenta el grupo galaico-portugués con los grupos francés y provenzal que se desarrollaban en el Nordeste de la península y en Francia, analogías que al presentarse entre grupos lingüísticos separados geográficamente por el dominio del castellano, que no participa de ellas, ha hecho suponer acciones recíprocas e influencias llevadas de una y otra, merced en parte al movimiento de peregrinación a Compostela, recordándose por algunos que el primer rey de Portugal fué Enrique, hijo del conde de Borgoña.

[*Historia de la lengua española. Ensayo de biología lingüística. Introducción a la Filología*. 1894; o.c. iv, p. 678]

y el supuesto sepulcro del Apóstol fue un foco de cultura y un centro, a que convergían noticias y relatos de los más extraños y peregrinos. Todo lo cual deja sedimento.

[«Por Galicia. II», 27-VII-1903; o.c. i, p. 310]

Y es que Galicia era entonces el verdadero refugio de la cultura en España, el foco de las bellas letras, el centro de la delicadeza social, de la civilización. Y esta tradición ha dejado, sin duda, su rastro en esa [...] tierra gallega.

[Carta a Juan Tejada Velasco, *post* 13-II/*ante* 25-II-1906; *Coruña Moderna*, 25-II-1906, p. 2]

Los piadosos peregrinos que venían del centro de Europa a ese corazón de Galicia traían consigo leyendas, relatos, cuentos y cantares, y fueron sus romerías uno de los vehículos de la cultura europea de entonces. [...]

Camino de Santiago se le llamó a la Vía Láctea, [...] y la ruta toda hallábase sembrada de santuarios y hospederías. [...]

Está por escribir la historia de la influencia que esas romerías tuvieron en el desarrollo cultural de España, en literatura y en arte, y hasta en su historia política, pues no poco influyeron en el nacimiento del reino de Portugal. [...]

No en vano fué Santiago durante siglos centro de romerías internacionales. [...] Los devotos peregrinos venían, al venir a Santiago, a España, y cruzando España, y no a Galicia; venían a visitar el sepulcro del patrón de España y no de Galicia sólo. «¡Santiago y cierra España!», fué nuestra divisa medieval española; pero al cerrar Santiago a España abría y rompía sus barreras interiores, fundía a sus pueblos todos en la lucha común contra la morisma.

[«Santiago de Compostela», VIII-1912; o.c. I, pp. 377 y 382]

Juntos lutaram os dois povos na reconquista contra os mouros, e então, na Edade Média, o fóco da cultura espiritual foi Sant'Iago de Compostella, no meio dos dois povos, objectivo das grandes peregrinações europeias que nos trouxeram as tradições de outros povos.

[Conferencia dada por Unamuno o 22-VIII-1914 en Figueira da Foz, *Gazeta da Figueira*, 26-VIII-1914, p. 2]

Con todo y a pesar de la trascendencia de las peregrinaciones jacobeanas, para el escritor vasco no estaba suficientemente estudiada la importancia a todos los niveles que para Galicia, España y Portugal habían supuesto siglos y siglos de romería jacobea. En ocasiones las referencias unamunianas incluyen distintas hijuelas intermedias que, sumadas, constituyen el camino jacobeo:

¡Cuántas veces en un verano que pasé cerca de Cenarruza no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería a Santiago de Compostela, a contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador!

[«Don Quijote y Bolívar», 30-I-1907; o.c. III, p. 496]

San Pedro de la Nave, con la hoz del Esla, no lejos de Zamora, donde aún se sostiene una secular iglesiuca visigoda, debió acaso su apellido a la nave o barca en que atravesaban el río los romeros que iban a la Roma celtibérica, a Santiago de Compostela, [...]

[«Campos Santos», 11-V-1923; o.c. I, p. 635 y o.c. IX, p. 1162]

San Pedro de la Nave, || refugio visigótico, || concha de Compostela;

[«Cancionero. Diario poético. 1928-1936», poema 443, 9-X-1928; o.c. VI, p. 1091]

¿Dónde están las nieves de antaño? [...] ésas son las nieves que contemplaban los peregrinos que del centro de Europa, y sobre todo desde los países célticos, iban en piadosa peregrinación a Santiago de Compostela.

Llábase Priorenea [...] y atendía a los piadosos peregrinos que pasaban por allí, en barca el río, camino de Santiago de Compostela.

[«Las nieves de antaño», 10-XI-1925; *o.c.* VIII, pp. 659-660]

(B) Prisciliano y el sepulcro en Compostela.

Párrafos atrás hemos podido advertir que en un par de ocasiones (1903 y 1909) Unamuno se refiere al sepulcro del apóstol Santiago como 'supuesto'. En el primero de los artículos que Unamuno escribe en Salamanca, ya de vuelta de su viaje a Galicia de 1912, ya de vuelta expone, no sin cierta dosis de ironía galaica, que los huesos que reposan en la catedral de Santiago de Compostela no son los del apóstol Santiago:

Santiago de Compostela, en el corazón de Galicia, donde en los siglos de más ingenua y más sencilla fe cristiana se creía estaba el cuerpo del apóstol Santiago el Mayor, el Hijo del Trueno, [...]

la antigua Iría Flavia, donde dicen que moró más tiempo el apóstol. Y hasta llegan a asegurar -bienaventurados los que así creen- que una piedra que se conserva en la iglesia de Santiago fué la piedra a que se amarró la barca que conducía el cuerpo del apóstol.

[«Santiago de Compostela», VIII-1912; *o.c.* I, p. 377]

Este comentario dubitativo no trasluce incertidumbre ninguna por parte del propio escritor vasco, como a primera vista puede parecer. Porque el autor bilbaino tiene muy claro que el cuerpo que se adora en Santiago de Compostela no es el del apóstol Santiago. Una de las razones por las cuales los restos que se veneran no pueden ser los del apóstol Santiago es porque éste nunca estuvo ni en Galicia ni, tan siquiera, en España: «San Pablo, el Apóstol de los gentiles, anunció (Rom. xv, 28) que iba a venir a España; pero no vino. Menos, por supuesto, Santiago el Mayor, matamoros. ¡Y si hubiera venido...!» («Políticos, criadores, poetas, padres»; R.E.E.R., 20-XII-1931, p. 128). Algunos años más tarde se expresa con mucha más rotundidad y contundencia negando sin paliativos que sea el apóstol Santiago quien está en Compostela:

Casi toda la tradición tradicionalista de España, la de los falsos cronicones, es superchería; superchería bajo un mítico Santiago —embuste de Compostela— en cuyo día se esperó este año... ¡Otra superchería! Porque se nos quiere hacer vivir de mentiras, señor, de mentiras.

[«En Aguilar de Campóo», [1921]; *o.c.* I, p. 489]

Pero entonces, ¿cuál es la identidad de esos restos? No es fácil identificar la persona a quien pertenece una reliquia de la cual sólo se tiene noticia en el albor del s. IX. Unamuno no rechaza el 'desafío', no se limitará a negar una posible identidad y apoyará en público una opción comprometida: la hipótesis priscilianista.

Ésta es una propuesta en la que insiste en múltiples oportunidades el escritor vasco desde su viaje a Galicia de 1912. Pero no data de ese año, sino de otra visita anterior (en 1903) la primera documentación del obispo abulense en los textos unamunianos: «En Galicia, ¿no fué la herejía de Prisciliano un último combate, que el paganismo nativo libraba contra invasora latinización católica?» («Por Galicia. II», 27-VII-1903; *O.C. I*, p. 309).

En principio, Unamuno actúa con precaución ante un problema en sí tan espinoso como es el de la identificación de las reliquias custodiadas en la catedral compostelana, sobre todo para él que no es, *stricto sensu*, un historiador y que, por lo menos en otros terrenos procura moverse con la suficiente cautela¹⁶. Dentro de esta cautela Unamuno sostendrá, en bastantes ocasiones, que estos restos pertenecen a Prisciliano. Es cierto que no siempre se va a expresar con igual rotundidad, ya que el carácter de probabilidad con que enuncia esta hipótesis en 1912 se convierte, años después, en aseveración sin más:

El sepulcro de Santiago es un sepulcro de España toda. El sepulcro de Galicia acaso sea el de Prisciliano, el gnóstico gallego, obispo de Avila, que en el siglo IV mezcló el paganismo galaico con las doctrinas cristianas. Así, bautizando las supersticiones célticas, trató de cristianizar a su pueblo. Fué decapitado en Tréveris, parece que su cuerpo fue traído a Galicia, su patria, y acaso su sepulcro fué lugar de piadosas romerías. ¿No se aprovecharía esto más tarde, y así como él bautizó las supersticiones célticas, se trató acaso de hacer ortodoxas esas romerías con una leyenda nueva? Porque un hombre moderno, de espíritu crítico, no puede admitir, por católico que sea, que el cuerpo de Santiago el Mayor esté en Compostela. ¿Qué cuerpo es, pues, el que allí se venera y cómo y por qué se inició ese culto?

[«Santiago de Compostela», VIII-1912; *O.C. I*, p. 382]

Todo el fondo pagano del pueblo gallego levantó cabeza en el gnosticismo de Prisciliano, el hereje galaico —el único gran hereje español de los primeros siglos cristianos—, gnosticismo que duró unos tres siglos, si es que del todo ha muerto. Este Prisciliano, cuyas obras se encontraron no ha mucho, ha de darnos con el tiempo la clave de no pocos problemas que suscita el estudio del alma galaica. Y de Prisciliano puede decirse que aún no ha muerto, y quién sabe si su sepultura, disfrazada por la ortodoxia, no sigue siendo lugar de atracción de peregrinos.

[«Junto a las Rías Bajas de Galicia», X-1912; *O.C. I*, p. 388]

Desde su altar, [...]

Santiago peregrino, || penate de esta tierra, || con sus conchas marinas revestido, || sonriendo contempla || ese abrazo de amor que nunca acaba, || mientras en él se mezclan || de la madre de Cristo a los recuerdos, || los de la madre Venus, y remembra || su romería, cuando Pan y Cristo, || guiones a su vera, ||

16. Por ejemplo a la hora de proponer etimologías (*cf.* Carta a Claudio Zárata Jugo, 8-IV-1933; E.In. T. II, p. 299), aunque él mismo es consciente de que a veces se salta sus propias precauciones (Carta a R. Menéndez Pidal, 3-X-1910; E.In. T. I, p. 279).

por la vía de leche || que cruza las estrellas, || desde la Tierra Santa || le trajo Prisciliano de la diestra.

[«Galicia», 7-x-1912; o.c. VI, pp. 510-511]

Como se puede apreciar, Unamuno sabe, y así lo sostiene, que desde luego lo que no está en la catedral compostelana son los huesos del apóstol Santiago. Y 'acaso', 'quién sabe', puede ser que el cadáver que se venera en la ciudad gallega sea el de Prisciliano. Sobre éste, Unamuno ofrece bastantes datos, pero en ningún momento revela cuáles son las fuentes de información (documentales, bibliográficas...) que manejó, sobre todo para sostener esta hipótesis.

Releyendo lo publicado por Unamuno en 1912, R. Blanco Torres (1922) inaugura su especial colaboración en el primer número del periódico vigués *Galicia* con un comentario surgido tras la lectura de la propuesta priscilianista. Para el publicista gallego la calidad intelectual, el prestigio y el crédito que le merece Unamuno aleja cualquier interpretación jocosa de ésta. Blanco Torres admite, pues, a trámite la sugerencia de Unamuno y solamente aguarda que este interrogante genere respuestas o polémicas enriquecedoras. Y así va a suceder porque el sacerdote J. Gómez Martínez, bajo el pseudónimo de Zenitram, replica tanto la hipótesis priscilianista de Unamuno para los restos que se veneran en Compostela, como el artículo de R. Blanco Torres en el que retoma la insinuación del escritor vasco. J. Gómez no pasa por alto la fama de Unamuno en lo relativo a su 'rigurosidad' documental y lo acusa de lanzar a la palestra pública demasiadas opiniones carentes de sustento argumental lo que justificaría que una 'ocurrencia' de Duchesne sea retomada, sin más comprobación, por Unamuno. Para J. Gómez es además una temeridad intentar desmontar la tradición secular sobre el apóstol compostelano cuando no se proporciona ni una sola prueba de tal suposición (*cf.* Zenitram, 1922, p. 1).

En el año 1922 Joaquín Arias Sanjurjo le pregunta a Unamuno por carta (*cf.* 15:1, A. Rodríguez Guerra 2000) cuáles son las fuentes, documentales o de otro tipo, de las que parte el autor vasco para realizar las reiteradas afirmaciones de que el cuerpo que se adora en la Catedral de Santiago de Compostela es el de Prisciliano. Unamuno contestó públicamente a tal demanda y, cuatro meses después, en *Nuevo Mundo* se publica el artículo «Prisciliano, en Ávila». En él, además de añadir algo más de información sobre Prisciliano, poca en relación a la proporcionada en ocasiones anteriores, introduce una novedad importante: es L. M. Olivier Duchesne quien advierte la posibilidad de que sea Prisciliano a quien se venera en Santiago de Compostela, y de él la toma Unamuno (*cf.* *supra* con lo dicho por Zenitram):

Así dice, al empezar el capítulo IV de su obra, ya fundamental, sobre *Prisciliano y el priscilianismo*, Mr. E.-Ch. Babut. Obra escrita en vista de los once tratados de Prisciliano descubiertos en Würzburg en 1885 por Schepss. Tratados que como no los conocía Menéndez y Pelayo cuando escribió su *Historia de los heterodoxos españoles*, hubo de atenerse para el priscilianismo a los informes de aquel Itacio, obispo de Ossonoba —hoy Faro, en Portugal—, dechado del obispo beocio que acumula en el adversario todas las herejías, aun las contradictorias entre sí.

Itacio arremetió a fines del siglo IV a los priscilianistas como posteriores obispos de su laya, integristas y casi hidrófobos, han arremetido a los liberales. Para Itacio, el priscilianismo era el conjunto de todas las herejías y le colgó cuantas halló en el libro que escribió Ireneo para refutarlas. Claro que Prisciliano se defendió de ello.

Y ¿qué era en rigor lo de Prisciliano, el primer místico cristiano español en orden de tiempo? Era la inquietud espiritual, era tomar el cristianismo en serio y hasta en trágico; era pelear contra la religión perezosa y demasiado tranquila; era el hambre del Dios vivo. Su cristianismo, monacal, era de abstinencia. [...]

El obispo de Avila de fines del siglo IV oponía las obras del siglo *-saeculi opera-* a las palabras de Dios *—dei verba—*.

[...]

También la tierra de Avila muere porque no muere. Y esto desde los tiempos de Prisciliano, su obispo, hace ya más de quince siglos, y aun desde antes.

Y fué este misterioso Prisciliano, a quien no se le había vuelto a oír hasta que en 1885 fueron descubiertos sus once Tratados; fué este Prisciliano, que quiso hacer del monaquismo escuela de sacerdocio; fué este Prisciliano, el primero que españolizó —o iberizó, mejor— el cristianismo occidental; fué él quien, decapitado en Tréveris —cosa más de política eclesiástica que de religión—, fué traído luego a España. Y aquí se le veneró como a un mártir, como a un apóstol. Y no son ya pocos los que creen que el Apóstol cuyos huesos, bajo el nombre de Santiago, se conservan en Compostela, no es otro que Prisciliano. Así lo dejaba entender, con su fina sutileza, monseñor Duchesne, el historiador de la Iglesia antigua.

Y en estos días [...] apenas hay quien se acuerde del obispo que tuvo Avila a fines del siglo IV y estudie si por una corriente subhistórica, acaso telúrica, soterraña, no se trasmitió algo de Prisciliano a Teresa de Jesús. Por íntima sacudida perenne de las rocas de Avila, acaso.

Y ¿no hay hoy alguna corriente anímica, algo como una sacudida nerviosa de la tierra ibérica, de sus entrañas de roca, que vaya de Santiago de Compostela a Alba de Tormes, haciendo palpitar el corazón soterráneo de Avila? De la Basílica compostelana a la Basílica teresiana de Alba, obras del siglo las dos, ¿no van palabras de Dios?

[Prisciliano, en *Ávila*, 20-x-1922; *o.c.* IX, pp. 1137-1138]

A partir de aquí se va a percibir un cambio cualitativo substancial porque, si bien las referencias serán cortas, éstas identificarán inequívocamente las reliquias compostelanas como priscilianistas: «la tumba de Prisciliano el celtíbero» («Campos Santos», 11-v-1923; *o.c.* I, p. 635 y *o.c.* IX, p. 1162); «Prisciliano, el que descansa en el sepulcro del Apóstol en Santiago de Compostela» («Prólogo» a V. García Martí [1925]; *o.c.* VIII, p. 1117); «Mira a tu Pastor, Prisciliano, | | peregrino celta, sus manes | | en Compostela reconquistan | | la España que en sed de Dios arde» (*Cancionero. Diario poético. 1928-1936*, poema 451, 15-x-1928; *o.c.* VI, p. 1093); «Y éste, el catalán, polemizó contra otro español, gallego éste, de aquellos tiempos, Prisciliano. Prisciliano el que cubre el mito de Santiago de Compostela. Y de los

tres, el gallego es el hereje» («Tres españoles de trasantaño», 5-IV-1933; *o.c.* VII, pp. 1112-1113).

En una ocasión, en 1934, después de leer la obra *São Paulo* de Teixeira de Pascoaes y de afirmar que ha quedado impresionado por ella, Unamuno interpela al propio Teixeira de Pascoaes preguntándose si no será San Pablo, y no Santiago, quien yace en Compostela: «¿Y estará, mi Pascoaes, enterrado San Pablo —no Santiago— en España?» («El juego del sacapón», 18-V-1934; R.E.E.R., pp. 319-320). Esta suposición no deja de ser algo fortuito, con un cariz más de compromiso *ad hoc* que de hipótesis seria. Porque, días después, en el artículo prometido comentando la obra del escritor portugués, Unamuno precisa que lo más probable es que sea Prisciliano quien esté sacralizado en la catedral de Santiago de Compostela: «y al acordarme de ese legendario Santiago que se dice yace en Compostela [...] donde lo que más parece que está es el resto del pauliniano Prisciliano» y «Yazga la artificiosa fábula santiagueña a la sombra del olvido de Prisciliano» («¡San Pablo y abre España!», 24-V-1934, E.U.P., p. 280 y p. 282).

En las tres últimas referencias, que localizamos a lo largo de 1936, Unamuno sitúa en los dos extremos de la balanza a cada uno de los candidatos, indicando que la aguja se inclina hacia la opción priscilianista (más que santiaguista): «¡Qué de trolas le va a contar [Valle-Inclán] a Santiago Apóstol allá, junto a San Pedro! Porque Santiago no está enterado. Mejor Prisciliano» (Carta a Guillermo de Torre, 7-I-1936; E.A., p. 562); «desde la Compostela de Prisciliano más que de Santiago» («El habla de Valle-Inclán», 29-I-1936; *o.c.* III, p. 1248). Esta elección no está exenta de humor, como es el caso de la tercera cita: «cuando se dijo que había aparecido en Compostela el cuerpo del apóstol Santiago un cierto canónigo —con dejos priscilianistas, sin duda— exclamó: «Que sigan excavando a ver si aparece el del caballo» («Fallas y quemas», 3-IV-1936; R.E.E.R., p. 411).

Finalizamos con una cita aséptica: en uno de los poemas que integran el *Diario poético* Unamuno nombra a Prisciliano fuera del ámbito compostelano, simplemente como ejemplo de la fusión entre el cristianismo y el paganismo: «cristianismo pagano, Prisciliano» (*Cancionero. Diario poético. 1928-1936*, poema 1525, 15-VIII-1930; *o.c.* VI, pp. 1352-1353).

2.3. Moderna

En un artículo de 1911 Unamuno apuntaba, dubitativo, la posibilidad de que Colón fuese un apellido gallego (*cf.* «El 'de' en los apellidos», IV-1911; *o.c.* IV, p. 394). En un relato inédito hasta su inclusión en las *Obras Completas*, Unamuno juega con la procedencia geográfica del extraordinario marino y, dejando volar la imaginación y con un mucho de ironía, tercia salomónicamente en la polémica:

—¿Y qué me dices, Quindofa, de eso que salen ahora diciendo algunos eruditos... —¡no, no tuerzas así el gesto!— de que Cristóbal Colón no fué genovés, sino un judío gallego de Pontevedra?

—No fué ni lo uno ni lo otro. Cristóbal Colón fué un indio caribe de la costa firme de Venezuela. Llegó a este viejo Mundo, para él nuevo, siendo muy niño, en una grandísima canoa, traída a remo —¡a remo!— por unos cuantos de su tierra que venían a descubrir Europa. Y la descubrieron para ellos y se establecieron en Pontevedra y luego salió Colón de Palos de Moguer a descubrir Europa a los americanos. Esta y no otra es la verdad de la historia.

[«Las peregrinaciones de Turismundo. III. Tunicoba, Gupimboda y Fafiloria», [1921]; o.c. II, p. 887; inédito]

Unos años antes, sin embargo, la identificación italiana de Colón no ofrece ninguna duda para el autor vasco que, por carta, al también italiano Giovanni Boine le dice que «Un italiano, Colón al servicio de España descubrió América» (Carta a Giovanni Boine, 27-XII-1906; M. de Unamuno, 1975, p. 29). Cuatro años más tarde de la cita precedente, el publicista bilbaíno no tiene nada claro que Colón sea italiano, es más, la perspectiva lingüística parece no apoyar esta hipótesis desde el momento en que no se le conoce nada escrito en italiano: «la lengua de Cervantes y de Colón. (De Colón no se conoce una sola línea en italiano, fuese ó no de esta nacionalidad)» («El castellano, idioma universal», XII-1910; *La Nación*, Buenos Aires, 16-I-1911). En la entrevista que le realiza Isidoro Millán en Pontevedra, en agosto de 1912, Unamuno duda, continúa sin decantarse, conoce las referencias bibliográficas pero aún no llevó a cabo ningún estudio o análisis personal de los datos o de la información existente. De todas formas, la sensación que tiene es la de que los argumentos manejados en defensa del origen pontevedrés de Colón pueden ser ciertos:

—De buenas á primeras, sin haber hecho antes un estudio concienzudo, es de difícil resolución tal problema. ¡Cristóbal Colón, pontevedrés!... Efectivamente, cuando leí los trabajos del señor Antón del Olmet relacionados con ese asunto, apresuréme á escribir á Pontevedra, pidiendo datos, libros, en fin, todo lo publicado por el Sr. García de la Riega. No tuve tiempo aún para hacer el estudio correspondiente. En la vida de Colón, hay, sin género de duda, algo oscuro nebuloso... [...]

—Sí, los argumentos en que se basan para afirmar su nacimiento en Pontevedra parecen convencer.

[«Hablando con Don Miguel de Unamuno», [24-VIII-1912]; *El Eco de Santiago*, 29-VIII-1912, p. 1]

Ocho años más tarde, aún persiste en Unamuno la duda pues sólo enuncia de pasada y como posibilidad la hipótesis pontevedresa para Colón: «Aquel fantástico erudito pontevedrés [C. García de la Riega] que descubrió, dicen, que Cristóbal Colón era gallego y judío» («¡Ojo con el Partenón!», 4-IV-1920; *El Liberal*, Madrid, 4-IV-1920). Pasa el tiempo y, por lo menos de cara al público, Unamuno continúa, por un lado, dubitativo sobre el origen locativo concreto del navegante pero, por otro lado, afirma tajantemente que, con independencia de su procedencia geográfica, Colón es de raza española (recordemos que para él el concepto de raza afinca

sus raíces en el de lengua): «De nuestra raza [...] fue Colón, sea cual fuere la casta de su sangre material» («La Fiesta de la Raza», 18-x-1923; M. de Unamuno, 1992, p. 183). Para completar el contraste, Unamuno rechaza en 1924 precisamente la posibilidad de una patria pontevedresa para Colón: «Menos mal que no se dice allí que Colón fue de Pontevedra» («Sobre una publicación del directorio», II-1924, M. de Unamuno, 1994, p. 196). Las dos últimas referencias que localizamos de Unamuno a Colón son contradictorias porque, mientras en la primera, también de 1924, se le asigna indirectamente la nacionalidad italiana «Porque la América como potencia ideal fué Américo Vespucio, otro italiano, y no Cristóbal Colón, quien la inventó» («La Atlántida», IV-1924; *o.c.* I, p. 559), en la segunda, de 1932, Unamuno 'juega' con la hipotética nacionalidad levantina del famoso marino: «No el 'mar tenebroso' de que hablaban los portugueses y a que se lanzó Colón, que era acaso levantino» («Soñando el peñón de Ifac», 24-IV-1932; *o.c.* I, p. 693).

Tenemos constancia de una mención de Unamuno a Pedro Fernández de Castro, VII Conde de Lemos, a propósito de su labor de mecenazgo, entre otros, de M. de Cervantes. El escritor vasco quiere subrayar con esta referencia que incluso la mayor pluma de las letras castellanas vivió más gracias al mecenas que lo protegía que de lo que ganaba con su producción escrita: «Del conde de Lemos, más que del público, vivió Cervantes» («Reflexiones económico-literarias. Taboada y Stinde», 15-II-1899; *La Época*, Madrid).

Las dos últimas citas de este apartado sólo recogen sendas filiaciones gallegas de personajes históricos: Unamuno, reconstruyendo la historia de las Canarias y, en concreto, la época de la conquista española (que remató en 1496) habla del obispo gallego del archipiélago, Diego II de Muros (*cf.* «La Laguna de Tenerife», VIII-1909; *o.c.* I, p. 326); en la segunda se señala a Fr. Antonio de Guevara como obispo de la diócesis de Mondoñedo en 1537 (*cf.* «¡Reflexionemos!», 25-I-1918; *o.c.* IX, p. 1045).

2.4. Contemporánea

Las escasísimas referencias históricas de los siglos XIX y XX a Galicia se refieren exclusivamente a la ciudad de A Coruña. Tal vez sea que la repercusión de los acontecimientos en suelo gallego en el resto de España es mayor habida cuenta de la importancia del lugar en el que suceden. Desde luego lo que no hay es una actitud premeditada y consciente por parte de Unamuno para que el resultado final fuese éste. El publicista vasco recoge el eco que tuvo en las ciudades gallegas el llamamiento del almirante Topete en Cádiz a la sublevación y que el 20 de septiembre de 1868 es secundado por la marina en Ferrol y A Coruña (*Paz en la guerra*, 1897; *o.c.* II, p. 119). Desde el verano de 1820 actúan en Galicia las fuerzas realistas, acosando al gobierno liberal. Estos milicianos gallegos, compuestos en su mayoría por hidalgos y por clérigos, consiguen en 1823, ayudados por los 'cien mil hijos de San Luis', restaurar el absolutismo de Fernando VII. A ellos «La liberalización

de Bilbao despertó a España: Coruña, la de los milicianos del 23, bailó en las calles» (*Paz en la guerra*, 1897; o.c. II, p. 235).

A finales del s. XIX se produjeron una serie de revueltas populares en la ciudad herculina para evitar que se suprimiese la Capitanía General. A este hecho alude en dos ocasiones separadas en el tiempo y siempre caracterizándolo como reacción grotesca, partidista e interesada. Unamuno no entiende cómo se pudo crear una Junta de Defensa constituida para evitar la eliminación de la Capitanía General para la ciudad de A Coruña: «como el caso ocurrido recientemente con motivo del intento de supresión de la capitanía general de La Coruña» («El socialismo en España (Der sozialismus in Spanien)», 9-IX-1897; o.c. IX, p. 738) y

vienen en seguida esas comisiones, soberanamente grotescas, que se llaman las fuerzas vivas y se constituyen en Comité de defensa, al estilo de aquel vergonzosísimo espectáculo que dió la ciudad de La Coruña, cuando se le quería quitar la Capitanía general, convirtiéndose en cantón, como si aquello fuera un derecho propio, una cosa que se le debía de juro. Esto es verdaderamente lamentable.

[«Autonomía docente», conferencia pronunciada el 3-I-1917 en la R. A. de Jurisprudencia y Legislación; o.c. IX, p. 352]

3. EN CONCLUSIÓN

En otro trabajo anterior (*cf.* A. Rodríguez Guerra 1999) establecimos una séxtupla división para catalogar, clasificar y estudiar la presencia gallega en la obra de Miguel de Unamuno. Estos seis ámbitos, además del geográfico e histórico, eran: el hombre, la lengua, la política y la literatura e intelectuales gallegos. El conjunto total de referencias es intrínsecamente elevado, tanto por el número de ejemplos recogidos (que exceden del millar) como por el de la diversidad de fuentes de que proceden (pasan de quinientas), algunas de las cuales, en verso o en prosa, desarrollan monográficamente temática gallega. Recordemos que con la geografía gallega, al igual que con el hombre gallego, Unamuno hace suya la máxima de ‘no hablar de algo que desconoce’ y en las referencias anteriores a 1903 casi no incluye menciones a aquélla, y muy pocas al segundo. En el cuadro siguiente se ofrecen las distintas referencias manejadas en el presente estudio agrupadas según la fuente de que proceda el ejemplo. En él se puede percibir nítidamente que ambos campos agudizan, de forma paralela, la procedencia ensayística:

Cuadro 1

%	Geografía gallega	Historia gallega
Artículos	80	83,9
Epístolas	7	9,7
Discursos	7,1	4,8
Entrevistas	5,9	1,6

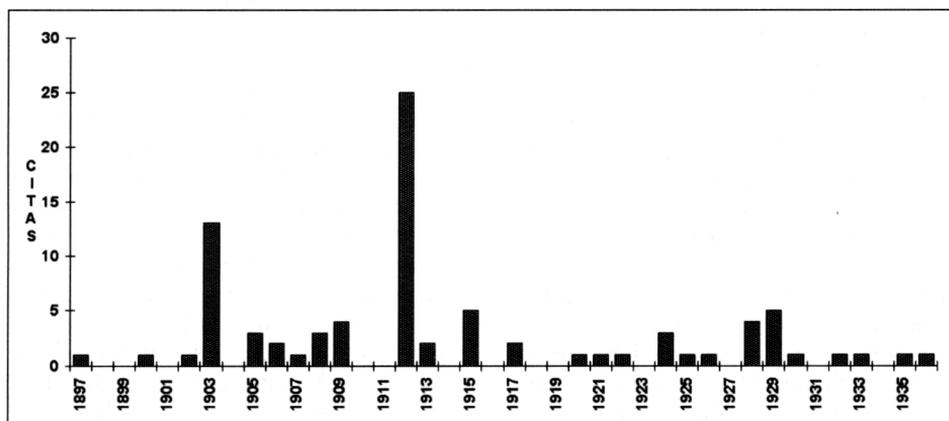
El cuadro siguiente, número 2, sirve de complemento al anterior. En él partimos desde la perspectiva de procedencia del ejemplo. Así, observamos cómo se distribuye cada uno de ellos por los seis campos temáticos mencionados antes y se puede comprobar el peso específico que en cada uno suponen los dos ejes temáticos analizados. Sorprende que casi la tercera parte de las referencias obtenidas a través de las entrevistas se sitúen en el ámbito de la geografía. En general, y en particular las citas históricas, cuentan con una presencia muy limitada (en consonancia con el propio peso que ambos temas poseen del total de seis: 8 y 5,8% para geografía e historia, respectivamente):

Cuadro 2

%	Geografía gallega	Historia gallega
Artículos	10	7,6
Epístolas	2,4	2,4
Discursos	4,9	2,5
Entrevistas	29,4	5,9

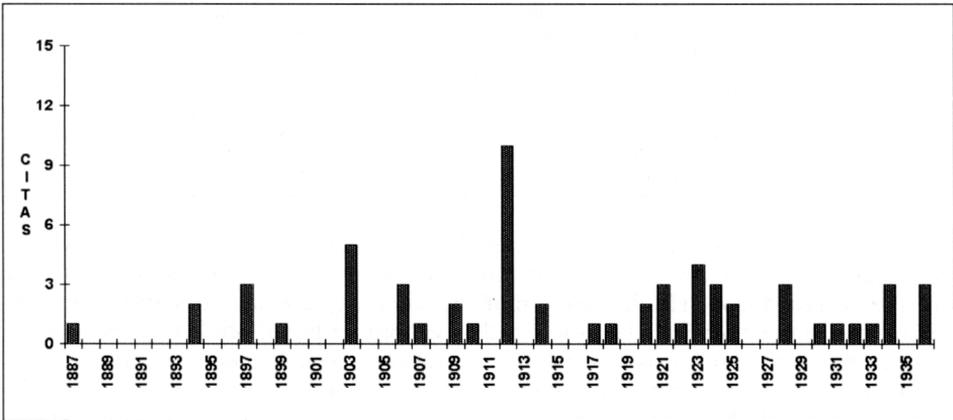
Por medio de dos gráficos vamos a realizar un seguimiento global de los ejemplos unamunianos sobre ambos aspectos de Galicia y para eso respetamos el año en que se realizaron. Huelga comentar, de inicio, que estas contribuciones de Unamuno están condicionadas, sobre todo y en primer lugar, por los viajes de 1903 y 1912, por los corresponsales y/o interlocutores y por las lecturas que realiza, amén de por circunstancias puntuales que en cada momento pueden surgir. El gráfico 1 explicita la distribución que por la obra de Unamuno tiene la geografía gallega:

Gráfico 1



Lógicamente, Unamuno habla de nuestra tierra básicamente a partir del momento en que la conoce y toma contacto con ella. En este apartado más que en ningún otro, son dos años, 1903 y 1912, (sobre todo el segundo) los que concentran individualmente la práctica totalidad de los comentarios que sobre la realidad geográfica gallega escribe o comenta Unamuno. Obsérvese lo tardío de la primera referencia (1897). Siempre en pequeñas cantidades pero, contando desde 1903, todos los años excepto once cuentan con alguna cita. Situación parcialmente diferente es la que permite observar el gráfico 2. En él se recoge la distribución de los ejemplos que recopilamos en el segundo capítulo, el dedicado a la historia de Galicia:

Gráfico 2



En él predominan las intermitencias y el número poco elevado de ejemplos por año. Sobresale por encima de los demás 1912, a bastante distancia se encuentra 1903. Después de ellos hay otros pocos años —no demasiados—, con tres o cuatro referencias en cada uno.

Llegados al colofón, centrándonos en los dos aspectos que hemos venido desarrollando a lo largo de estas páginas, pensamos que está fuera de toda duda que el escritor vasco sintió la tierra gallega, vivió hondamente la comarca del Miño, aspiró las Rías Baixas y se empapó en las piedras compostelanas. Y actuando por comparativismo, Santiago de Compostela es Salamanca, el Miño es gallego y también portugués, la costa es semejante a la cantábrica, pero Galicia cuenta con dos peculiaridades paisajístico-viarias únicas: las rías, hermosas y serenas como un beso entre el mar y la tierra, y el Camino de Santiago, unción de libertad lírica desde la soledad del destierro en tierra ajena. Solamente desde esa perspectiva vitalista podemos entender que, polémicas aparte (*cf.* con la feminidad del horizonte gallego), la visión unamuniana del paisaje gallego trascendiese los límites de la propia galleguidad y llegase a merecer el calificativo de mejor recreación del alma de la naturaleza gallega por parte de un foráneo (*cf.* Xavier Bóveda, 1924).

4. BIBLIOGRAFÍA

- A.N.B.: SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo. *Miguel de Unamuno: Artículos en Las Noticias de Barcelona (1899-1902)*. Barcelona: Lumen, 1993.
- A.O.E.: UNAMUNO, Miguel de. *Artículos olvidados sobre España y la primera Guerra Mundial*. London: Tamesis Books Limited, 1976. Introducción y edición de Christopher Cobb.
- BLANCO TORRES, Roberto. «Santiago o Prisciliano?» *Galicia*, Vigo, 25-VII-1922, p. 2.
- BÓVEDA, Xavier. «Un poema de Unamuno». *Céltiga*, 30-IX-1924, [pp. 29-30].
- CAMBA, FRANCISCO. «Los amigos de Galicia. Unamuno». *La Voz de Galicia*, 16-XII-1915, p. 1.
- CANZOBRE, Xan de. «De sabios es mudar de consejo». *Revista Gallega*, 9-VIII-1903, pp. 3-5.
- D.M.G.: UNAMUNO, Miguel de. «Desde el mirador de la guerra». (Colaboración al periódico *La Nación* de Buenos Aires). Paris: Centre de Recherches Hispaniques, 1970. Textos nuevos recogidos y presentados por Louis Urrutia.
- E.A.: UNAMUNO, Miguel de. *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1996. Edición, introducción y notas de Laureano Robles.
- E.In. T. I: UNAMUNO, Miguel de. *Epistolario inédito. T. I. (1894-1914)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991. Edición de Laureano Robles.
- E.In. T. II: UNAMUNO, Miguel de. *Epistolario inédito. T. II. (1915-1936)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991. Edición de Laureano Robles.
- E.U.P.: UNAMUNO, Miguel de. *Escritos de Unamuno sobre Portugal*. Paris: Fundação Calouste Gulbenkian. Centro Cultural Portugués, 1985. Estudio, recopilación y notas de Ángel Marcos de Dios.
- GARCÍA BLANCO, Manuel. Galicia y Unamuno. *Papeles de Son Armadans*, Palma de Mallorca, vol. 20, 1957, pp. 123-168.
- MILLÁN, Isidoro. «Hablando con Don Miguel de Unamuno». *El Eco de Santiago*, 29-VIII-1912, p. 1.
- O.C. I: UNAMUNO, Miguel de. *Paisajes y ensayos. Obras Completas. T. I*. Madrid: Escélicer, 1966. Edición a cargo de Manuel García Blanco.
- O.C. II: UNAMUNO, Miguel de. *Novelas. Obras Completas. T. II*. Madrid: Escélicer, 1967. Edición a cargo de Manuel García Blanco.
- O.C. III: UNAMUNO, Miguel de. *Nuevos ensayos. Obras Completas. T. III*. Madrid: Escélicer, 1968. Edición a cargo de Manuel García Blanco.
- O.C. IV: UNAMUNO, Miguel de. *La raza y la lengua. Obras Completas. T. IV*. Madrid: Escélicer, 1968. Edición a cargo de Manuel García Blanco.
- O.C. VI: UNAMUNO, Miguel de. *Poesía. Obras Completas. T. VI*. Madrid: Escélicer, 1969. Edición de Manuel García Blanco.
- O.C. VII: UNAMUNO, Miguel de. *Meditaciones y ensayos espirituales. Obras Completas. T. VII*. Madrid: Escélicer, 1969. Edición a cargo de Manuel García Blanco.
- O.C. VIII: UNAMUNO, Miguel de. *Autobiografía y recuerdos personales. Obras Completas. T. VIII*. Madrid: Escélicer, 1966. Edición a cargo de Manuel García Blanco.
- O.C. IX: UNAMUNO, Miguel de. *Discursos y artículos. Obras Completas. T. IX*. Madrid: Escélicer, 1971. Edición a cargo de Manuel García Blanco.

- P.E.: UNAMUNO, Miguel de. «De patriotismo espiritual. Artículos en *La Nación* de Buenos Aires». 1901-1914. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1997. Edición y notas de Víctor Ouimette.
- R.E.E.R.: UNAMUNO, Miguel de. «República Española y España Republicana (1931-1936)». *Artículos no recogidos en las Obras Completas*. Salamanca: Ediciones Almar, 1979. Introducción, edición y notas de Vicente González Martín.
- RISCO, Vicente. «Prosas galeguistas. v, vi, vii». *A Nosa Terra*, 15-xii-1918, pp. 5-6.
- RODRÍGUEZ GUERRA, Alexandre. *Miguel de Unamuno, Galicia e os galegos*. Universidad de Salamanca. Tesis doctoral inédita, 1999.
- . *Epistolario galego de Miguel de Unamuno*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 2000.
- . *Miguel de Unamuno e a lingua galega*. Santa Comba: tresCtres editores, 2002.
- SENDER, Ramón J. *Unamuno, Valle Inclán, Baroja y Santayana*. México: Ediciones Andrea, 1955.
- UNAMUNO, Miguel de. «Reflexiones económico-literarias. Taboada y Stinde». *La Época*, Madrid, 15-II-1899.
- . «El castellano, idioma universal». *La Nación*, Buenos Aires, 16-I-1911.
- . «¡Ojo con el Partenón!» *El Liberal*, Madrid, 4-IV-1920.
- . *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Madrid: Rodas, 1972². Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín. Primera edición de 1965, Santiago de Chile: Zig-Zag.
- . «Lettere inedite a Giovanni Boine». *Europa Letteraria*, 1975, pp. 29-33.
- VILANOVA [RODRÍGUEZ], Alberto. Unamuno en Galiza. *Vieiros*, vol. 4, 1968.
- ZENITRAM (José Gómez Martínez). «La «Boutade» de un hipercrítico. Por el gran santuario gallego». *Galicia*, 10-VIII-1922, p. 1.